

APOCALIPSIS

Introducción

Contexto histórico. El Apocalipsis es un libro que refleja con fidelidad los avatares del tiempo, particularmente la acometida del imperio romano contra la Iglesia naciente, en variadas formas de persecución o relegación. El autor ha visto en los signos de aquellos tiempos de ostracismo y persecución la antítesis de dos mundos irreconciliables, da testimonio de este enfrentamiento a muerte entre la Iglesia cristiana y el imperio romano y de la lucha permanente entre dos ciudades: la nueva Jerusalén y Babilonia.

El Apocalipsis es el libro del testimonio cristiano: de los mártires, de los que no han adorado a la fiera ni a su imagen, de los que han sido excluidos, perseguidos y matados. Este libro comporta una denuncia contra la idolatría del imperio, que pretende erigirse como dios y exige la adoración a sus adeptos. Muchas de sus difíciles expresiones son inteligibles desde este trasfondo histórico. Sus frecuentes aclamaciones litúrgicas a Jesucristo (6,8; 12,10; 13,10; 15,4) son una réplica cristiana a los himnos paganos que tributaban una gloria al emperador, concretamente a Domiciano (81-96), quien se creía un dios y exigía culto divino.

Autor. Quien escribe se llama a sí mismo Juan (1,1.4.9; 22,8) y dice estar confinado en una isla por confesar a Jesucristo. Siendo tan frecuente el nombre de Juan, la cuestión de la autoría se presta a múltiples interpretaciones. En los primeros siglos se le identificó con el apóstol y evangelista. Pero ya en la segunda mitad del s. III se comenzó a dudar e incluso negar su autoría, atribuyendo el libro a otro Juan. En la actualidad seguimos uniendo este libro al «cuerpo joánico» (obras del apóstol Juan), pero son pocos los que atribuyen el libro al apóstol, aunque conserven como válido el nombre de otro Juan.

De una somera lectura, deducimos que el autor es de origen judío, mediano conocedor del griego, muy versado en el Antiguo Testamento, especialmente en los profetas, y conocedor de géneros literarios entonces en boga. Del género apocalíptico, además del nombre, tomó muchos recursos, pero se distanció en puntos fundamentales. Mientras otros autores apocalípticos se esconden en nombres ilustres del pasado –Enoc, Abrahán, Moisés, Isaías, Baruc–, y transforman el pasado en predicción, nuestro autor se presenta con su propio nombre, se dice contemporáneo de los destinatarios y se ocupa declaradamente del presente (1,19).

Destinatarios, fecha y lugar de composición. Los destinatarios inmediatos son las siete Iglesias de la provincia romana de Asia, a las que el autor se siente particularmente ligado y a las que escribe para compartir sus penas y por el encargo «profético» recibido. Como Pablo escribía desde la prisión, este Juan escribe desde el destierro o confinamiento a unas comunidades que ya saben de hostilidad y acoso, que ya han tenido mártires (2,13; 6,9) y que ahora se enfrentan a una gran persecución. El autor intenta prevenir y alentar a sus hermanos cristianos para la grave prueba que se avecina (3,10), cuando el emperador exigirá adoración y entrega (13,4.16s; 19,20). ¿A quién se refiere en concreto? Barajando los datos que proporciona el libro, es probable que el autor aluda al emperador Domiciano, quien exigió en todo el imperio honores divinos, «nuestro Dios y Señor», declaró delito capital el rehusar la adoración, y la leyenda lo miró como a un Nerón redivivo (13,3). En este caso, el libro habría sido escrito en la segunda parte de la década de los 90.

Pero su contenido no se agota en la referencia a la coyuntura histórica concreta. Con tal de no tomarlo a la letra ni como trampolín de especulaciones, el libro sigue transmitiendo un mensaje ejemplar a todas las generaciones de la Iglesia. Las hostilidades comenzadas en el paraíso (Gn 3) no acabarán hasta que se cumpla el final del Apocalipsis, la manifestación plena de nuestro Señor: «Sí, vengo pronto. Amén» (22,20).

El Apocalipsis, memoria viva de nuestros mártires. El libro quiere mantener vivo el recuerdo de nuestros mártires (2,13; 6,9-11; 7,9-17; 11,7-10; 13,15; 16,5s; 17,6; 18,24; 20,4), quienes dieron testimonio de su fe al igual que el Cordero degollado; y vencieron gracias a la sangre del Cordero (12,11). El Apocalipsis suscita una tremenda actualidad en algunos contextos de nuestro mundo, especialmente en América Latina, Asia y África, tierras regadas por la sangre del testimonio cristiano. Hacer memoria viva de nuestros mártires constituye uno de los más hondos cometidos del libro. El primer mártir fue Jesucristo: el Apocalipsis es el único libro del Nuevo Testamento que lo llama «testigo fidedigno» (1,5; 3,14), en estado absoluto; y tras de él y con él, multitud de mártires, quienes cumplen los preceptos de Dios y conservan el testimonio de Jesús (12,17b).

El Apocalipsis, un libro-compromiso. El Apocalipsis es una obra subversiva contra los poderes de todo imperio (el romano en la época en que fue escrito, y a continuación, todo imperio opresor y todo sistema imperialista), que persigue y masacra al pueblo empobrecido por no secundar los valores (o contra-valores) que engañosamente presenta. El Apocalipsis no es un escrito evasivo, apto para soñar y desentenderse de la realidad, sino para acrecentar el compromiso de nuestra fe, que debe ser lúcida, libre de esclavitudes y operante en el servicio del amor.

El Apocalipsis, el libro de la esperanza de la Iglesia ante el misterio de la iniquidad. El Apocalipsis cristiano no es un libro ingenuo, fantástico, para entretener la imaginación o para dar rienda suelta a los sueños. Está anclado en la más dura realidad; vive en la historia y la padece. El libro ofrece una lúgubre simbología que permite ver el dominio de las fuerzas del mal: la violencia, la injusticia social y la muerte cabalgan a lomos de caballos desbocados (6,3-8). También ofrece cuadros de pesadillas, como el de la plaga de las langostas (9,3-12) y la caballería infernal (9,13-21). Se asombra con pesar de la presencia devastadora del mal en la historia y descubre el origen demoníaco de tantas ramificaciones negativas.

La Iglesia sufre persecución, es martirizada en sus miembros; también la humanidad sufre la opresión de los poderosos. El Apocalipsis está escrito con la sangre de muchas víctimas. ¡Su lectura merece respeto sagrado! Es el libro de la consolación universal. La historia tiene un destino que no acaba ni en el caos, ni en la barbarie, sino felizmente, cumplidamente: el reino de Dios. El libro muestra que ese reino se va haciendo presente en esta tierra de fatigas e irrumpirá en todo su esplendor con el advenimiento de la nueva Jerusalén, y vendrá como don de Dios para premio y consuelo de la Iglesia de todos los tiempos.

Contenido. El libro comienza con una grandiosa autopresentación de Jesucristo resucitado, Señor y dueño de la historia (1,17s) que tiene un mensaje para la Iglesia universal (20). Este mensaje está contenido en las cartas a las siete Iglesias de Asia (2s), en las que Jesucristo conoce y reconoce, reprocha y amonesta, promete y cumple, pide atención e interpela: llamada solemne a la conversión ante la prueba que se avecina. Después de las siete cartas, el tema de conjunto (4–22) es la lucha de la Iglesia con los poderes hostiles. Juan despliega netamente los campos, como sucede en las guerras. El jefe de la Iglesia es Jesucristo, tiene sus testigos, sus seguidores «servidores de nuestro Dios» (7,3). Enfrente está Satán que tiene su capital en Babilonia (símbolo de Roma, capital del imperio), con sus agentes y un poder limitado. La lucha va acompañada de impresionantes perturbaciones en el cielo y en la tierra. La concepción apocalíptica impone el dualismo dentro del mundo y de la historia, las antítesis, las oposiciones simétricas de personajes, figuras y escenas, como en un gran drama. La victoria de Jesucristo y los suyos es segura, pero pasa por la pasión y la muerte. El Jefe,

el Cordero, fue degollado; sus testigos, asesinados (11,1-12); sus siervos han de superar la gran tribulación (7,14). Pero llegará el juicio de la capital enemiga y su caída (17s), la batalla final (19,11-21) y el juicio universal (20,11-15). Después vendrá el final glorioso y gozoso, hacia el cual tiende el curso y el oleaje de la historia. El final de la obra tiene la forma de una boda del Mesías-Cordero con la Iglesia.

Introducción¹

1 ¹Revelación que Dios confió a Jesucristo para que mostrase a sus siervos lo que va a suceder pronto. Él envió a su ángel para transmitírsela a su siervo Juan, ²quien atestigua que cuanto vio es Palabra de Dios y testimonio de Jesucristo. ³Feliz el que lea y felices los que escuchen las palabras de esta profecía y observen lo escrito en ella, porque el tiempo está cerca.

Mensaje a las siete Iglesias: saludo²

⁴De Juan a las siete Iglesias de Asia: les deseo el favor y la paz de parte de Aquel que es, que era y que será, de parte de los siete espíritus que están ante su trono ⁵y de parte de Jesucristo, el testigo fidedigno, el primogénito de los muertos, el Señor de los reyes del mundo.

Al que nos ama y nos libró con su sangre de nuestros pecados, ⁶e hizo de nosotros un reino, sacerdotes de su Padre Dios, a él la gloria y el poder por los siglos [de los siglos] amén.

⁷Mira que llega entre las nubes:

todos los ojos lo verán,
también los que lo atravesaron;
y todas las razas del mundo
se darán golpes de pecho por él.

Así es, amén.

⁸Yo soy el alfa y la omega, dice el Señor Dios, Aquel que es, que era y que será, el Todopoderoso.

Visión de Jesucristo³

¹ **1,1-3 Introducción.** «Apocalipsis», en griego, significa «des-velación» o «re-velación» de algo oculto. Con estas dos palabras se inicia la lectura: «Revelación que Dios confió a Jesucristo». La centralidad de Jesucristo y la riqueza de su misterio son puestas de relieve desde el comienzo del libro (1,1) hasta el final (22,21).

A la presentación del libro sigue la proclamación de una bienaventuranza o felicitación. Es la primera de las siete bienaventuranzas que jalonan la obra (1,3; 14,13; 16,15; 19,9; 20,6; 22,7; 22,14). Ello significa que el Apocalipsis no es un libro terrible, un calendario de desdichas, sino que anuncia de parte de Dios una inmensa dicha (el siete quiere decir la suma total) para la Iglesia. Esta primera bienaventuranza consiste en proclamar la Palabra de Dios, escucharla con corazón noble y guardar su mensaje. Aparece ya la comunidad cristiana como el grupo destinatario del libro.

² **1,4-8 Mensaje a las siete Iglesias: saludo.** La gracia y la paz divinas se dirigen a toda la Iglesia (las siete Iglesias de Asia representan a la Iglesia universal). El Dios que saluda y bendice no es una presencia impersonal, sino el Dios cristiano por excelencia, a saber, la Santísima Trinidad. Dios es considerado (cfr. Éx 3,14) como «Aquel que es, que era y que será», el Dueño del tiempo, el Señor que dirige toda nuestra historia. En sus manos está nuestra suerte. Los «siete Espíritus» (4) no se refieren a siete ángeles destacados, sino a la presencia viva y dinámica del Espíritu Santo en su más honda realidad personal, que es inmensa totalidad (simbólico número siete) en sus incesantes manifestaciones de fuerza, profecía, inspiración, perdón y múltiples carismas.

Jesucristo es celebrado con tres atributos principales. Es «testigo fidedigno», porque con su vida, muerte y resurrección expresa soberanamente todo cuanto Dios ha querido revelarnos. Es «primogénito de los muertos» por su resurrección. Es «Señor de los reyes del mundo» porque como Señor resucitado, con la fuerza de su Espíritu y con nuestra colaboración, empuja la historia hacia una plena realización humana y cristiana.

¿Quién es Jesucristo para la Iglesia? La comunidad rememora tres grandes beneficios que el Señor con tanta abundancia le ha concedido: amor, redención y participación en el sacerdocio regio. La Iglesia vive gracias a este amor de Jesucristo, que experimenta gozosamente a lo largo y ancho de su historia.

³ **1,9-20 Visión de Jesucristo.** Esta visión es una de las más impresionantes que ofrece el Nuevo Testamento. Juan alude a las circunstancias precisas en las que ocurre. Se encuentra en Patmos, una pequeña isla del mar Egeo, donde está recluso por su valentía en predicar la Palabra de Dios y el testimonio de Jesús. Aunque lejos, no se siente abandonado; sabe que es nuestro hermano y compañero; comparte con todos los cristianos perseguidos las tribulaciones por el reino de Dios. Es la primera vez que en el Nuevo Testamento aparece la palabra «domingo» o «día del Señor». También, en ese día señalado, el Espíritu –dice el texto muy gráficamente– se apodera de Juan.

El vidente contempla un personaje misterioso (13), una figura humana (cfr. Dn 7,13). Tiene el dominio y el derecho para juzgar a la humanidad. A continuación se describe su porte externo, que se relaciona con la vestidura del sumo sacerdote (cfr. Éx 28,2-4; Zac 3,1.3s; Sab 18,20s.24); aparece en medio de siete candelabros de oro; y estos candelabros son las siete Iglesias (1,20).

Descripción de la cabeza (14). Se inspira y aplica a Jesucristo la visión del anciano de largos días del profeta Daniel (7,9). Se insiste en el color blanco, típico de la resurrección. La metáfora de los ojos como llama de fuego (2,18; 19,12) destaca el poder de conocimiento de nuestro Señor, su penetrante mirada que todo lo ve y lo sondea.

Los pies y la voz (15). El Señor está de pie y no se tambalea, no es como aquella frágil estatua con los pies de barro (cfr. Dn 2,31-36). Sobre su fuerza se apoya la debilidad de la Iglesia. La voz de Jesucristo se compara a la voz de Dios, que es también «voz de aguas torrenciales» (cfr. Ez 1,24; 43,2; Dn 10,6). Se subraya la autoridad y la potencia de la palabra de Jesucristo.

⁹Yo Juan, hermano de ustedes, con quienes comparto las pruebas, el reino y la paciencia por Jesús, me encontraba exilado en la isla de Patmos a causa de la Palabra de Dios y del testimonio de Jesús. ¹⁰Un domingo, se apoderó de mí el Espíritu, y escuché detrás de mí una voz potente, como de trompeta, ¹¹que decía: Lo que ves escríbelo en un libro y envíalo a las siete Iglesias: Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Filadelfia y Laodicea. ¹²Me volví para ver de quién era la voz que me hablaba y al volverme vi siete lámparas de oro ¹³y en medio de las lámparas una figura humana, vestida de larga túnica, el pecho ceñido de un cinturón de oro; ¹⁴cabeza y cabello blancos como la lana blanca o como nieve, los ojos como llama de fuego, ¹⁵los pies como de bronce brillante y acrisolado, la voz como el estruendo de aguas torrenciales. ¹⁶En su mano derecha sujetaba siete estrellas, de su boca salía una espada afilada de doble filo; su aspecto como el sol brillando con toda su fuerza. ¹⁷Al ver esto, caí a sus pies como muerto; pero él, poniéndome encima la mano derecha, me dijo:

—No temas. Yo soy el primero y el último, ¹⁸el que vive; estuve muerto y ahora ves que estoy vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y el abismo. ¹⁹Escribe lo que viste: lo de ahora y lo que sucederá después. ²⁰Éste es el símbolo de las siete estrellas que viste en mi mano derecha y de las siete lámparas de oro: las siete estrellas son los ángeles de las siete Iglesias, las siete lámparas son las siete Iglesias.

Mensaje a las siete Iglesias: contenido

A la Iglesia de Éfeso⁴

2 ¹Al ángel de la Iglesia de Éfeso escríbele: Esto dice el que sujeta en la mano derecha las siete estrellas, el que camina entre las siete lámparas de oro: ²Conozco tus obras, tus fatigas, tu paciencia, que no toleras a los malvados, que has sometido a prueba a los que se dicen apóstoles sin serlo y has comprobado que son falsos; ³has soportado y aguantado por mi causa sin desfallecer. ⁴Pero tengo algo contra ti: que has abandonado tu amor del principio. ⁵Fíjate de dónde has caído, arrepíentete y haz las obras del principio. De lo contrario, si no te arrepientes, vendré y removeré tu lámpara de su puesto.

⁶Sin embargo tienes a tu favor esto, que detestas la conducta de los nicolaítas como yo la detesto. ⁷El que tenga oídos escuche lo que dice el Espíritu a las Iglesias. Al vencedor le permitiré comer del árbol de la vida que está en el paraíso de Dios.

A la Iglesia de Esmirna⁵

⁸Al ángel de la Iglesia de Esmirna escríbele: Esto dice el primero y el último, el que estaba muerto y revivió. ⁹Conozco tu aflicción y tu pobreza, pero eres rico; sé que te injurian los que se dicen judíos y son más bien la sinagoga de Satanás. ¹⁰No te asustes por lo que has de padecer; porque el Diablo va a meter en la cárcel a algunos de ustedes y sufrirán durante diez días. Sé fiel

Mano, boca y rostro (16). La espada es, conforme a una larga tradición bíblica, el símbolo de la Palabra de Dios (cfr. Is 49,2; Sab 18,15s; Heb 4,23). La imagen es todavía amplificada, es «afilada de doble filo». Se describe la fuerza y el poder combativo de la palabra de Jesús.

El vidente que no dobló sus rodillas ante el emperador de Roma, se echa en tierra y adora a Jesucristo, como su único Dios y Señor. Pero Jesucristo no atemoriza, sino que —supremo gesto de delicadeza— pone su mano derecha, sobre la cabeza de Juan y lo conforta.

La Iglesia es contemplada en un simbolismo espacial y litúrgico: lámparas y estrellas. La Iglesia es, según la visión del libro, una lámpara con vocación de estrella. Es lámpara, a saber, vive en la tierra y en la historia, pero su esperanza está en el cielo. Jesucristo sujeta con su mano poderosa la vocación de su Iglesia. La Iglesia puede confiar en la providencia de su Señor que nunca la abandonará.

⁴ **A la Iglesia de Éfeso (2,1-7).** La ciudad de Éfeso, metrópoli de la provincia romana de Asia, ocupaba la primacía política, comercial y religiosa del entorno. Por ello aparece situada en el primer lugar de todas las Iglesias. Aunque Jesucristo reconoce su leal esfuerzo y perseverancia, sin embargo echa en cara a la comunidad que ha dejado «el amor primero». «Primero» no en el tiempo cronológico sino en su exigente calidad y en entrega absoluta del corazón. He aquí una admirable síntesis de todo itinerario de la conversión cristiana, que contiene tres pasos necesarios: Fijarse, arrepentirse y hacer (5). La expresión «nicolaítas» (6) es la traducción literal griega de la palabra hebrea «Balaán» (2,14s), significa «amo o dominador del pueblo». Ambos vocablos son emblemáticos y aluden, juntamente con la profetisa Jezabel (2,20), a un movimiento herético que se infiltraba en la Iglesia de Asia menor. Estos personajes despreciaban el valor de la Encarnación y Redención de Jesús, se alejaban con su conducta pagana de las radicales exigencias del Evangelio.

⁵ **A la Iglesia de Esmirna (2,8-11).** La ciudad, que se gloriaba de su fidelidad a Roma, había recibido a muchos judíos sobrevivientes de la destrucción de Jerusalén por los romanos; éstos se habían convertido en enemigos de los cristianos. La oposición de los judíos a los cristianos es conocida en el Nuevo Testamento (cfr. 1 Tes 2,15s; Hch 13,50; 14,2.5). En la carta no existe ni un sólo reproche a esta Iglesia por parte del Señor, sino una continua exhortación a la perseverancia. La persecución será intensa pero breve, de «diez días» (cfr. Gn 24,55; Dn 1,12.14.15). La expresión «muerte segunda» no se encuentra en la Biblia; pero es de uso frecuente en la literatura inter-testamentaria (100 a.C.-100 d.C.); significa la exclusión del mundo venidero, no poder entrar en la nueva Jerusalén. Quien esté libre de esta muerte segunda tendrá, pues, acceso a la nueva Jerusalén, donde la muerte ya no existe (21,4).

hasta la muerte, y te daré la corona de la vida. ¹¹El que tenga oídos escuche lo que dice el Espíritu a las Iglesias. El vencedor no padecerá la segunda muerte.

A la Iglesia de Pérgamo⁶

¹²Al ángel de la Iglesia de Pérgamo escríbele: Esto dice el que tiene la espada afilada de doble filo. ¹³Sé que donde tú habitas tiene su trono Satanás. A pesar de todo mantienes mi nombre sin renegar de mí, ni siquiera cuando Antipas, mi testigo fiel, fue asesinado en la ciudad de ustedes, donde habita Satanás. ¹⁴Pero tengo algo contra ti: que toleras allí a los que profesan la doctrina de Balaán, que indujo a Balac a poner un tropiezo a los israelitas empujándolos a comer víctimas idolátricas y a cometer inmoralidades sexuales. ¹⁵Lo mismo tú toleras a los que profesan la doctrina de los nicolaítas. ¹⁶Arrepiéntete; de lo contrario, iré pronto allá para luchar contra ellos con la espada de mi boca. ¹⁷El que tenga oídos escuche lo que dice el Espíritu a las Iglesias. Al vencedor le daré del maná escondido, le daré una piedra blanca y grabado en ella un nombre nuevo que sólo conoce el que lo recibe.

A la Iglesia de Tiatira⁷

¹⁸Al ángel de la Iglesia de Tiatira escríbele: Esto dice el Hijo de Dios, el que tiene los ojos como llamas de fuego y los pies como bronce lustrado. ¹⁹Conozco tus obras, tu amor y tu fe, tu paciencia y tu honradez, tus obras recientes, mejores que las precedentes. ²⁰Pero tengo contra ti que toleras a Jezabel, que se declara profetisa y engaña a mis siervos conduciéndolos a la inmoralidad sexual y a comer carne sacrificada a los ídolos. ²¹Le he dado tiempo para que se arrepienta, y no quiere arrepentirse de su prostitución. ²²Mira, a ella la postraré en cama y a los que cometieron adulterio con ella, si no se arrepienten de su conducta, les enviaré sufrimientos terribles. ²³Daré muerte a sus hijos, y sabrán todas las Iglesias que soy yo quien examina entrañas y corazones, para retribuir a cada uno según sus obras. ²⁴A los demás de Tiatira les digo que, si no han aceptado esa doctrina ni aprendido los supuestos secretos de Satanás, no les impondré otra carga. ²⁵Basta que conserven lo que ya tienen hasta que yo vuelva. ²⁶Al vencedor, al que permanezca fiel hasta el final le daré poder sobre las naciones: ²⁷los apacentará con vara de hierro, los quebrará como vaso de arcilla ²⁸—es el poder que recibí de mi Padre—; y le daré la estrella matutina. ²⁹El que tenga oídos escuche lo que dice el Espíritu a las Iglesias.

A la Iglesia de Sardes⁸

3 ¹Al ángel de la Iglesia de Sardes escríbele: Así dice el que tiene los siete espíritus de Dios y las siete estrellas: Conozco tus obras: pasas por vivo y estás muerto. ²Vigila y robustece el resto que todavía no ha muerto; porque no encuentro tus obras justas a juicio de mi Dios. ³Recuerda lo que recibiste y escuchaste: obsérvalo y arrepiéntete. Si no estás en vela, vendré como un ladrón, sin que sepas a qué hora llegaré. ⁴Con todo, tienes en Sardes unos cuantos que no han contaminado sus vestiduras. Vestidos de blanco se pasearán conmigo, porque son dignos. ⁵También el vencedor se vestirá de blanco y no borraré su nombre del libro de la vida; lo confesaré ante mi Padre y ante mis ángeles. ⁶El que tenga oídos escuche lo que dice el Espíritu a las Iglesias.

⁶ **A la Iglesia de Pérgamo (2,12-17).** La ciudad, residencia del gobernador romano promotor del culto al emperador, era célebre en la antigüedad por su floreciente industria de pergaminos y por la abundancia de templos paganos, en donde destacaba un colosal altar dedicado a Júpiter. El ambiente resultaba asfixiante para la fe cristiana. La comunidad ya ha padecido en uno de sus cristianos, Antipas, el precio de la fidelidad. Al igual que Jesús, ha dado testimonio y ha derramado su sangre. Sólo el Apocalipsis llama a Jesús «el testigo fidedigno» (1,5). Quiere el Señor que la comunidad se mantenga fiel a pesar de la idolatría circundante. La imagen de los banquetes y de la fornicación expresa la comunión con los valores paganos de los cultos imperiales y del gnosticismo. La piedra blanca indica la nueva condición del cristiano a quien se le impone un nombre nuevo. Así consigue entrada o señal para poder participar en el banquete de bodas del Cordero y tener acceso a la nueva Jerusalén.

⁷ **A la Iglesia de Tiatira (2,18-29).** Jesucristo se presenta —única vez en el Apocalipsis— con el título más solemne «Hijo de Dios». Con su mirada penetrante, «ojos como llama de fuego», y con la firmeza de quien se apoya en pies como bronce lustrado, quiere consolidar la vida de la Iglesia. Tiatira era la ciudad menos importante de las siete mencionadas, y resulta paradójicamente la carta más extensa. Aunque es encomiable el juicio positivo de Jesucristo, grande es la severidad con que asimismo la recrimina. La comunidad ha caído en la dejación y permite a los herejes (los secuaces de Jezabel) continuar su obra de engaño y captación. El Señor la amenaza con severas palabras, válidas para la Iglesia de todos los tiempos: ¡No se puede ya dejar pasar la oportunidad. Ahora que hay tiempo, es preciso convertirse!

⁸ **A la Iglesia de Sardes (3,1-6).** Sardes, situada a 50 kilómetros al sudeste de Tiatira, era un floreciente centro comercial, con una próspera industria de lana blanca, a la que parece referirse el texto de la carta. Sus habitantes tenían fama de comodones y lujuriosos. En contraste con su prosperidad material, la comunidad cristiana apenas lograba vegetar lastimosamente. Jesucristo se presenta dotado de la plenitud del Espíritu Santo («los siete espíritus de Dios») y con la capacidad para reanimar la vocación de la Iglesia. Con su poderosa palabra, interpretada por el Espíritu, dará vida a la comunidad. El reproche de nuestro Señor reviste acentos de amarga dureza. La comunidad sólo «tiene nombre de», mantiene apariencia o fachada externa; pero por dentro, en su vida de fe y de amor, está muerta. No todos, sin embargo, se han perdido; aún sobrevive un resto palpitable (4). Estos pocos deben vigilar y estar atentos para que no se apague cuanto de bueno todavía permanece. El Señor les recuerda los dones recibidos; en un emocionado final climático, les llama a una conversión urgente.

A la Iglesia de Filadelfia⁹

⁷Al ángel de la Iglesia de Filadelfia escríbele: Esto dice el Santo, el que dice la verdad, el que tiene la llave de David; el que abre y nadie puede cerrar, el que cierra y nadie puede abrir: ⁸Conozco tus obras. Mira, te he puesto delante una puerta abierta que nadie puede cerrar. Aunque tienes poca fuerza, has guardado mi palabra y no has renegado de mí. ⁹Mira lo que haré a la sinagoga de Satanás, a los que se dicen judíos sin serlo, porque mienten: haré que salgan a postrarse a tus pies, reconociendo que yo te amo. ¹⁰Como tú guardaste mi encargo de perseverar, yo te guardaré en la hora de la prueba, que se echará sobre el mundo entero para probar a los habitantes de la tierra. ¹¹Voy a llegar pronto: conserva lo que tienes para que nadie te arrebatte la corona. ¹²Al vencedor lo haré columna en el templo de mi Dios y no volverá a salir; en ella grabaré el nombre de mi Dios y el nombre de la ciudad de mi Dios, de la nueva Jerusalén que baja del cielo desde mi Dios, y mi nombre nuevo. ¹³El que tenga oídos escuche lo que dice el Espíritu a las Iglesias.

A la Iglesia de Laodicea¹⁰

¹⁴Al ángel de la Iglesia de Laodicea escríbele: Así dice el Amén, el testigo fidedigno y veraz, el principio de la creación de Dios. ¹⁵Conozco tus obras, no eres ni frío ni caliente. Ojalá fueras frío o caliente; ¹⁶pero como eres tibio, ni frío ni caliente, voy a vomitarte de mi boca. ¹⁷Dices que eres rico, que tienes abundancia y no te falta nada; y no te das cuenta de que eres desgraciado, miserable y pobre, ciego y desnudo. ¹⁸Te aconsejo que me compres oro refinado para enriquecerte, vestidos blancos para cubrirte y no enseñar desnudas tus vergüenzas, y medicina para ungirte los ojos y poder ver. ¹⁹A los que amo yo los reprendo y corrijo. Sé fervoroso y arrepiéntete. ²⁰Mira que estoy a la puerta llamando. Si uno escucha mi llamada y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo. ²¹Al vencedor lo haré sentarse en mi trono junto a mí, igual que yo vencí y me senté junto a mi Padre en su trono. ²²El que tenga oídos escuche lo que dice el Espíritu a las Iglesias.

⁹ **A la Iglesia de Filadelfia (3,7-13).** Filadelfia era una pequeña ciudad al sudeste de Sardes. La comunidad cristiana está al límite de sus fuerzas, y recibe del Señor una carta llena de elogios y de ánimo. La presentación de Jesucristo insiste en su carácter divino, pues estos dos títulos se aplicaban a Dios: el Santo (cfr. Jn 6,69; 1 Jn 2,20; Ap 4,8) y el Verdadero (cfr. Jn 17,3; 1 Jn 5,20). También tiene la llave de David, es decir, Jesucristo detenta todo el poder mesiánico, es el nuevo David, el rey eterno que ha vencido a la muerte y al abismo (1,18). Sólo Él posee la llave de acceso a la nueva Jerusalén. El Señor no hace ningún reproche; sabe que es una comunidad pequeña y que padece la persecución de los judíos. Los cristianos fieles constituyen el verdadero Israel. Nadie va a ser capaz de borrar la consagración de su nombre, grabada indeleblemente por el Señor.

¹⁰ **A la Iglesia de Laodicea (3,14-22).** Laodicea era conocida en la antigüedad por su famosa escuela médica para enfermedades de los ojos. La ciudad se consideraba autosuficiente (17). El juicio de Jesucristo resulta tremendamente severo. La situación de la Iglesia le produce náuseas. La razón de tan insufrible repugnancia es la tibieza eclesial: se cree rica, perfecta y, en el colmo de su ceguera, no quiere reconocer su extrema pobreza. Vive torpemente instalada en el peor de los pecados: el orgullo religioso. La comunidad debe buscar sólo en el Señor el remedio a su deplorable situación de vergüenza: tiene que vestir la vestidura blanca de su dignidad de esposa de Jesucristo. El oro de su riqueza, que colmará su miseria, está en el Señor (18) no en su vacua soberbia. Necesita nuevos ojos –es decir, ojos iluminados por la fe– para poder ver.

El versículo 20 es el más hermoso y enigmático de toda la Biblia. A pesar del juicio tan severo, el Señor Resucitado, el que está de pie, aguarda paciente a la puerta. Llama con insistente porfía, como la Sabiduría (cfr. Sab 6,14), como el Esposo del Cantar (cfr. Cant 5,2). El Señor siempre está esperando en vela, apostado a nuestra puerta. Pide con solicitud que la Iglesia escuche su voz. Esta voz no es otra sino la que está resonando de forma incesante en todas las cartas a las siete Iglesias. Suplica con delicadeza entrar, pero la puerta sólo se abre desde dentro, es decir, depende en última instancia de la libertad del cristiano. Pero si éste responde generosamente, el Señor, convertido ya en anfitrión de la casa, anudará con él una íntima relación de alianza, hecha de amor recíproco, y le concederá el don de la cena eucarística.

Liturgia celeste¹¹

(Ez 1,26-28)

4 ¹Contemplé después una puerta abierta en el cielo y oí la voz de trompeta que me había hablado al principio: Sube acá y te enseñaré lo que va a suceder después. ²En ese momento se apoderó de mí el Espíritu. Vi un trono colocado en el cielo ³y en él sentado uno cuyo aspecto era de jaspe y cornalina; rodeando al trono brillaba un arco iris como de esmeralda. ⁴Alrededor del trono había veinticuatro tronos y sentados en ellos veinticuatro ancianos, con vestiduras blancas y coronas de oro en la cabeza. ⁵Del trono salían relámpagos y se escuchaban truenos. Siete antorchas de fuego ardían ante el trono, los siete espíritus de Dios. ⁶Delante del trono había como un mar transparente, como cristal. En el centro, rodeando el trono, estaban cuatro seres vivientes cubiertos de ojos por delante y por detrás. ⁷El primer ser viviente tenía figura de león, el segundo de toro, el tercero tenía rostro humano, el cuarto tenía figura de águila volando. ⁸Cada uno de los seres vivientes tenía seis alas, cubiertas por dentro y por fuera de ojos. No descansan ni de día ni de noche y dicen: Santo, santo, santo, Señor Dios Todopoderoso, el que era y es y será. ⁹Cada vez que los seres vivientes daban gloria y honor y gracias al que estaba sentado en el trono, al que vive por los siglos de los siglos, ¹⁰los veinticuatro ancianos se postraban ante el que estaba sentado en el trono, adoraban al que vive por los siglos de los siglos y ponían sus coronas delante del trono diciendo: ¹¹Eres digno, Señor Dios nuestro, de recibir la gloria, el honor y el poder, porque creaste el universo y por tu voluntad fue creado y existió.

El Cordero y el libro¹²

5 ¹A la derecha del que estaba sentado en el trono vi un rollo escrito por delante y por detrás y sellado con siete sellos. ²Vi un ángel poderoso que pregonaba con voz potente: ¿Quién es digno de abrir el rollo y romper sus sellos? ³Nadie en el cielo ni en la tierra ni bajo tierra podía abrir el rollo ni examinarlo. ⁴Yo lloraba mucho porque nadie era digno de abrir el rollo y

¹¹ **4,1-11 Liturgia celeste.** Este capítulo se abre con una visión de la corte celestial. El autor parece tener en mente la corte imperial –romana o persa– con el senado y consejeros que acompañan al emperador como parte de su séquito. Dios aparece sentado en el trono, es, por tanto, dueño y dominador de todo el universo. El brillo de las más rutilantes piedras preciosas le rodean como una aureola cromática: Es Dios de Dios. Luz de luz. La suprema belleza. El arco iris que le envuelve es como el brillante anillo de su alianza con la humanidad. Dios se compromete con la paz (cfr. Gn 9,13-15). Los ancianos poseen algunas características llamativas: vestiduras blancas como el uniforme de su configuración con el Señor resucitado (7,13); coronas de oro, en señal de victoria con Jesucristo vencedor (14,14). Son la egregia estampa de la Iglesia glorificada. Su función es litúrgica y solidaria: no cesan de alabar a Dios ni de interceder por nosotros.

Dios, ataviado con los signos típicos de una nueva teofanía (cfr. Éx 19,16; Jue 5,4s; Ez 1,13), se acerca y va a intervenir poderosamente en la historia de la salvación. Los siete espíritus de Dios son descritos con el símbolo de siete antorchas de fuego. El régimen temporal de los verbos griegos insiste en que arden de manera continuada, sin extinguirse. Toda la expresión (5b) habla de la presencia del Espíritu Santo brillando en vela perpetua: es la imagen luminosa de la solicitud de Dios por la humanidad.

El mar, símbolo del mal en la Biblia (cfr. Sal 66,6; 74,13) está ya vencido. No es un mar de aguas turbulentas, sino una balsa cristalina. Como un lebel se somete a los pies de su amo (imagen que tanto gustaba al Cura de Ars), así el mar ha sido despojado de su malicia. Domesticado, es un instrumento de paz (cfr. Mc 4,39-41). El simbolismo de los cuatro vivientes, descritos con detalles enigmáticos no fáciles de entender, muestra la desbordante vitalidad que emana del trono. Dios es vida, y no puede dejar de dar vida en abundancia y sin mengua, incesantemente. Un himno de adoración cierra el capítulo. Dios es celebrado como el Creador. Su actividad creadora, despliegue de su designio de vida, queda subrayada en la estructura del Apocalipsis: al comienzo (4,11) y al final (21,6).

¹² **5,1-14 El Cordero y el libro.** Dios toma la iniciativa en la historia de la salvación. Admiramos la maestría narrativa del Apocalipsis: Del trono de Dios surge una mano (único detalle antropomórfico del que está sentado en el trono), la todopoderosa mano de Dios ofrecida en son de paz. En la mano hay un libro escrito por fuera y por dentro; todo él es elocuente pero permanece cerrado con siete sellos. El libro contiene el designio de la historia, el misterio de la salvación. Nadie es capaz de leerlo ni de interpretarlo. A la sorpresa inicial sucede la turbación. Por eso la humanidad errática, representada en Juan, llora amargamente porque no halla un sentido a su vida, ni encuentra a alguien que oriente sus pasos perdidos. El llanto de Juan cesa cuando un anciano le consuela con una velada mención a Jesucristo. Él cumple las profecías antiguas. Sólo Jesucristo, muerto y resucitado, victorioso, será capaz de leer e interpretar el libro de la historia.

Viene ahora la visión más emblemática de todo el Apocalipsis. Aparece Jesucristo, el Cordero, plétórico de dignidad divina (en medio del trono), muerto (sacrificado), resucitado (de pie), dotado de la plenitud del poderío mesiánico (siete cuernos) y poseedor y dador – al mismo tiempo– del Espíritu Santo (siete ojos que son los siete espíritus de Dios). Se trata, pues, de Jesucristo quien, mediante su misterio pascual de muerte y resurrección, es investido con toda la autoridad divina y derrama sobre la tierra el don personal de su Espíritu, quien es íntimamente descrito –bajo el símbolo de sus siete ojos– como la mirada resplandeciente de su amor. Nuestro Señor es entronizado. Recibe el poder y la gloria divina. Su entronización regía desencadena una verdadera cascada de alabanzas. Los veinticuatro ancianos presentan a Dios las oraciones de los «santos». Se refiere a las oraciones de los cristianos, pues los santos –en términos del Nuevo testamento– son los cristianos. La oración es para Dios alabanza, fragancia digna de ser aceptada.

Se resalta aquí la universalidad de la redención. A manera de coros concéntricos, la alabanza a Dios y al Cordero asume dimensiones cósmicas. Nadie está excluido de la participación en esta liturgia universal. La adoración de toda la creación se dirige hacia el trono (que es el elemento central del capítulo 4) y el Cordero (personaje central del capítulo 5). De esta manera estratégica ambos capítulos logran su unidad literaria y teológica: Dios y el Cordero, ambos enaltecidos en el mismo ámbito de la divinidad compartida.

examinarlo. ⁵Pero uno de los ancianos me dijo: No llores; que ha vencido el león de la tribu de Judá, retoño de David: él puede abrir el rollo de los siete sellos.

⁶Entre el trono y los cuatro vivientes y los veinticuatro ancianos vi que estaba en pie un cordero como sacrificado, con siete cuernos y siete ojos –los [siete] espíritus de Dios enviados por todo el mundo–. ⁷Se acercó a recibir el rollo de la mano derecha del que estaba sentado en el trono.

⁸Cuando lo recibió, los cuatro vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron ante el cordero. Cada uno tenía una cítara y una copa de oro llena de perfumes –las oraciones de los santos–.

⁹Cantaban un cántico nuevo:

Eres digno de recibir el rollo y romper sus sellos,
porque fuiste degollado

y con tu sangre compraste para Dios
hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación;

¹⁰hiciste de ellos el reino de nuestro Dios

y sus sacerdotes, y reinarán en la tierra.

¹¹Me fijé y escuché la voz de muchos ángeles que estaban alrededor del trono, de los vivientes y los ancianos: eran millones y millones, ¹²y decían con voz potente:

Digno es el Cordero degollado

de recibir el poder,

la riqueza, el saber,

la fuerza, el honor,

la gloria y la alabanza.

¹³Y escuché a todas las criaturas, cuanto hay en el cielo y en la tierra, bajo tierra y en el mar, que decían:

Al que está sentado en el trono y al Cordero

la alabanza y el honor y la gloria y el poder por los siglos de los siglos.

¹⁴Los cuatro vivientes respondían Amén y los ancianos se postraban adorando.

Los sellos¹³

6 ¹Vi al Cordero que abría el primero de los siete sellos y oí a uno de los cuatro vivientes que decía con voz de trueno: Ven. ²Vi un caballo blanco y a su jinete con un arco; le pusieron una corona, y salió vencedor para seguir venciendo.

³Cuando abrió el segundo sello, oí al segundo viviente que decía: Ven. ⁴Salió un caballo color fuego; al jinete le encargaron que retirase la paz de la tierra, de modo que los hombres se matasen. Le entregaron una espada enorme.

⁵Cuando abrió el tercer sello, oí al tercer viviente que decía: Ven. Vi salir un caballo negro y su jinete llevaba una balanza en la mano. ⁶Oí una voz que salía de entre los cuatro vivientes: Se

¹³ **6,1-17 Los sellos.** Los sellos eran usados en la antigüedad para identificar la propiedad, dar validez a los documentos y para proteger cosas valiosas o secretas. El libro sellado es propiedad exclusiva de Dios y contiene los planes secretos de su plan salvador. Jesucristo, el Cordero, puede desatar, uno por uno, los siete sellos de libro. Lo abre de par en par para que se cumplan los decretos de Dios. De ese libro van saliendo, casi por encantamiento, caballos. Hay que apreciar el dramatismo plástico de estas imágenes en movimiento «casi cinematográficas» y tratar de visualizarlas. A ello nos invita el texto con la cadencia de acciones sucesivas: «Vi... oí... decía: Ven...» (1s). El primer caballo designa a Jesucristo resucitado, adornado con el característico color blanco de la resurrección. Ha vencido por su misterio pascual. Y está dispuesto a seguir combatiendo contra las fuerzas negativas que invaden la historia, representadas en la visión de los otros tres caballos. Al final de la historia será el vencedor absoluto.

El segundo caballo es color fuego, color de la sangre. Es la «violencia» que quita la paz y perpetra el asesinato, desde la sangre de Abel hasta la de Jesús y sus testigos pasando por toda la sangre injustamente derramada a lo largo de toda la historia humana. La violencia desnaturaliza a los hermanos. La humanidad escribe su historia a base de sangre y de guerras.

El caballo negro significa «el hambre», la carestía de la vida provocada por la opulencia de unos pocos infligida sobre los demás, a quienes oprime, empobrece y mata de hambre. Es el gran pecado de la injusticia social.

El cuarto caballo, símbolo de la «muerte», tiene el color de la hierba cuando se está secando (amarillo). La interpretación nos viene ofrecida: es la muerte, la suerte fatal de la humanidad. El texto ofrece el lúgubre cortejo que acompaña a la muerte: la espada o la violencia, el hambre, las diversas plagas de peste y epidemias.

Dios no aparece como el «vengador sediento de sangre» sino como el «defensor» que vela por el derecho de todos sus hijos e hijas. Ante el sacrificio de tantas víctimas inocentes (degolladas como el Cordero), Dios responde no con venganza, sino enviando a su Hijo quien derramó su sangre inocente por nuestros pecados.

Dios cuenta con la oración de los cristianos. Para hacer frente a la avalancha de males (simbolizados en los tres últimos caballos) que invade a nuestra humanidad, y para hacer avanzar con decisión la historia de la salvación, es necesaria, desde la visión de Dios, la oración sincera y perseverante de los cristianos.

Los cataclismos de 12-14 indican, según un esquema bíblico y apocalíptico, la inminente aparición divina, la llegada de la ira de Dios (cfr. Is 13,10; 50,3; 34,4; Jr 4,24; Jl 3,3s).

Sorprende al lector la expresión «la ira del Cordero» (16). Hay que decir que Jesús no es insensible frente al mal. En su vida dio pruebas elocuentes de su ira ante la obstinada maldad de la gente (cfr. Mc 3,1-5). Le duele profundamente la injusticia humana y su cerrazón ante la gracia. Tampoco se puede silenciar el misterio humano de la iniquidad. La obcecación humana aparece frecuentemente registrada en nuestro libro (11,18; 14,10; 16,19).

vende una ración de trigo, por una moneda de plata y tres raciones de cebada también por una moneda de plata; pero no hagas daño al aceite ni al vino.

⁷Cuando abrió el cuarto sello, oí la voz del cuarto viviente que decía: Ven. ⁸Vi salir un caballo amarillo; su jinete se llama muerte y los acompaña el que representa el reino de la muerte. Les han dado poder para matar a la cuarta parte de los habitantes del mundo, con la espada, el hambre, la peste y las fieras.

⁹Cuando abrió el quinto sello, vi con vida debajo del altar a los que habían sido asesinados por la Palabra de Dios y por el testimonio que habían dado. ¹⁰Gritaban con voz potente: Señor santo y verdadero, ¿cuándo juzgarás a los habitantes de la tierra y vengarás nuestra sangre? ¹¹Entonces les dieron a cada uno una vestidura blanca y les dijeron que esperaran todavía un poco, hasta que se completase el número de sus hermanos que, en el servicio de Cristo, iban a ser asesinados como ellos.

¹²Cuando se abrió el sexto sello, vi que sobrevino un violento terremoto, el sol se volvió negro como ropa de luto, la luna tomó color de sangre, ¹³las estrellas cayeron del cielo a la tierra, como caen los higos verdes de la higuera sacudida por el huracán. ¹⁴El cielo se retiró como un rollo que se enrolla, y todas las montañas e islas se desplazaron de sus puestos. ¹⁵Los reyes del mundo, los nobles y los generales, los ricos y poderosos, los esclavos y los hombres libres se escondieron en grutas y cuevas de montes, ¹⁶y decían a los montes y peñascos: Caigan sobre nosotros y ocúltennos de la mirada de aquel que se sienta en el trono y de la ira del Cordero. ¹⁷Porque ha llegado el día solemne de su ira y, ¿quién podrá resistir?

Los que se salvan¹⁴

7 ¹Después vi cuatro ángeles de pie en los cuatro puntos cardinales, sujetando los cuatro vientos de la tierra para que no soplasen sobre la tierra, sobre el mar ni sobre los árboles. ²Vi otro ángel que subía desde oriente, con el sello del Dios vivo, y gritaba con voz potente a los cuatro ángeles encargados de hacer daño a la tierra y al mar: ³No hagan daño a la tierra ni al mar ni a los árboles, hasta que no sellemos en la frente a los servidores de nuestro Dios. ⁴Oí el número de los marcados con el sello: ciento cuarenta y cuatro mil de todas las tribus de Israel:

⁵De la tribu de Judá doce mil,
de la tribu de Rubén doce mil,
de la tribu de Gad doce mil,
⁶de la tribu de Aser doce mil,
de la tribu de Neftalí doce mil,
de la tribu de Manasés doce mil,
⁷de la tribu de Simeón doce mil,
de la tribu de Leví doce mil,
de la tribu de Isacar doce mil,
⁸de la tribu de Zabulón doce mil,
de la tribu de José doce mil,
de la tribu de Benjamín doce mil marcados con el sello.

⁹Después vi una multitud enorme, que nadie podía contar, de toda nación, raza, pueblo y lengua: estaban delante del trono y del Cordero, vestidos con túnicas blancas y con palmas en la mano. ¹⁰Gritaban con voz potente: La victoria es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero. ¹¹Todos los ángeles se habían puesto en pie alrededor del trono, de los ancianos y de

¹⁴ **7,1-17 Los que se salvan.** Los siervos de Dios serán preservados. Tal es el epígrafe y el consuelo que ofrece el capítulo siete. Estos personajes marcados o sellados son los cristianos, los que ya poseen indeleblemente el sello del bautismo (cfr. Ef 1,13; 4,30; 2 Cor 1,2); éstos se verán asistidos por una especial providencia divina. Obsérvese el significativo cambio en el orden de los doce patriarcas: se comienza no por Rubén, sino por Judá, pues en él se prefigura el Mesías (Jesucristo es llamado «el león de la tribu de Judá» (5,5).

El simbólico número de ciento cuarenta y cuatro mil es el resultado de multiplicar las doce tribus de Israel por doce (los doce apóstoles del Cordero: 21,14), y luego por mil, que es la cifra de la historia de la salvación. Es el número de los elegidos del nuevo Israel, mucho más numeroso que el Israel antiguo de las doce tribus. Dios abarca en su abrazo salvador a todos los pueblos, razas y lenguas.

Hay un cambio de escenario (9). Se describe el triunfo de los mártires-testigos cristianos en el cielo, ante el trono y el Cordero. Es muchedumbre inmensa e innumerable, pues abarca a todas las naciones. Acontece, por fin, el cumplimiento de la vieja promesa hecha por Dios a Abrahán sobre su descendencia (cfr. Gn 22,15-18). La muchedumbre está de pie, en señal de victoria como el Cordero que «está de pie» (5,6). Endosan túnicas blancas, pues participan ya de la resurrección de Cristo y reciben el premio prometido. Hay que apreciar el atrevido simbolismo de la expresión, pues rompe toda coherencia cromática, al escribir: «Han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero» (14).

La escena que presenta los versículos 15-17 es evocadora: cesarán todas las penalidades, Dios enjugará todas las lágrimas y restañará todo cuanto hace sufrir a la humanidad. La razón de tanto bienestar es que Jesucristo resucitado, el Cordero, se convierte en nuestro pastor que nos conduce hacia las fuentes de la vida (cfr. Is 49,10; Sal 121,6; Ap 22,1).

los cuatro vivientes. Se inclinaron con el rostro en tierra delante del trono y adoraron a Dios ¹² diciendo: Amén. Alabanza y gloria, sabiduría y acción de gracias, honor y fuerza y poder a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén.

¹³Uno de los ancianos se dirigió a mí y me preguntó: Los que llevan vestiduras blancas, ¿quiénes son y de dónde vienen? Contesté: Tú lo sabes, señor. ¹⁴Me dijo: Éstos son los que han salido de la gran tribulación, han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero. ¹⁵Por eso están ante el trono de Dios, le dan culto día y noche en su templo, y el que se sienta en el trono habita entre ellos. ¹⁶No pasarán hambre ni sed, no les hará daño el sol ni el calor los molestará, ¹⁷porque el Cordero que está en el trono los apacentará y los guiará a fuentes de agua viva. Y Dios secará las lágrimas de sus ojos.

El séptimo sello y el incensario¹⁵

8 ¹Cuando abrió el séptimo sello, se hizo en el cielo un silencio de media hora. ²Vi a los siete ángeles que estaban delante de Dios: les entregaron siete trompetas. ³Otro ángel vino y se colocó junto al altar con un incensario de oro; le dieron incienso abundante para que lo añadiese a las oraciones de todos los santos, sobre el altar de oro, delante del trono. ⁴De la mano del ángel subió el humo del incienso con las oraciones de los santos hasta la presencia de Dios. ⁵Después tomó el ángel el incensario, lo llenó con brasas del fuego del altar y lo arrojó a la tierra. Hubo truenos y estampidos, relámpagos y un terremoto.

¹⁵ **8,1-5 El séptimo sello y el incensario.** Jesucristo, el Cordero, abre el último de los sellos. La acción se inicia con un silencio de media hora: silencio elocuente ante la sublimidad de Dios (cfr. Zac 2,17; 4 Esd 6,39), el propio de la liturgia. Todo está preparado. Las siete trompetas van pronto a resonar. La comunidad cristiana que lee el libro debe abrirse, desde un silencio atento y receptivo, al misterio y juicio de Dios (cfr. Sof 1,7). Un ángel realiza una acción simbólica. Mezcla perfume con las oraciones de los santos. Cristo despliega en la fragilidad de nuestras oraciones la fuerza de su intercesión. Asimismo, el apóstol Pablo ha dicho que, aunque nosotros no sabemos orar, el Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad (cfr. Rom 8,26). Dios cuenta con nuestras oraciones, que son transformadas y asociadas eficazmente a la obra de la salvación. Dotada ya la oración de la fuerza divina, tendrá unas consecuencias insospechadas. El incensario, lleno de fuego, es arrojado a la tierra (cfr. Ez 10,2.6). Se producen los signos típicos de la teofanía: truenos, relámpagos... Se pone en movimiento el juicio de Dios. Se oye el toque de las trompetas.

Las siete trompetas¹⁶

⁶Los siete ángeles con las siete trompetas se dispusieron a tocarlas. ⁷El primero dio un toque de trompeta: hubo granizo y fuego mezclados con sangre, que fue arrojado a la tierra. Se quemó la tercera parte de la tierra, junto con la tercera parte de los árboles y toda la hierba verde.

⁸El segundo ángel dio un toque de trompeta: una montaña enorme se desplomó ardiendo en el mar. La tercera parte del mar se volvió sangre, ⁹la tercera parte de los seres vivos marinos pereció, y la tercera parte de las naves naufragó.

¹⁰El tercer ángel dio un toque de trompeta: cayó del cielo una estrella gigantesca, ardiendo como una antorcha; cayó sobre la tercera parte de los ríos y sobre los manantiales de agua. ¹¹La estrella se llama Ajenjo. Un tercio del agua se volvió ajeno y muchos hombres que bebieron de esas aguas murieron, porque se habían vuelto amargas.

¹²El cuarto ángel dio un toque de trompeta: se oscureció la tercera parte del sol, de la luna y de las estrellas, de modo que una tercera parte de todo se oscureció; faltó una tercera parte de la luz del día y lo mismo sucedió con la noche. ¹³Vi un águila volando por lo más alto del cielo y oí que gritaba muy fuerte: ¡Ay, ay, ay de los habitantes de la tierra cuando suenen las trompetas que van a tocar los otros tres ángeles!

9 ¹El quinto ángel dio un toque de trompeta: vi un astro caído del cielo a la tierra, que recibió la llave del calabozo del abismo. ²Abrió el pozo del abismo y subió un humo del pozo, como humo de un horno gigante; el sol y el aire se oscurecieron con el humo del pozo. ³Del humo salieron langostas que se extendieron por la tierra. Y recibieron un poder como el que tienen los escorpiones de la tierra. ⁴Pero les prohibieron hacer daño a la hierba de la tierra o al pasto o a los árboles. Sólo les permitieron hacer daño a los hombres que no llevaban en la frente el sello de

¹⁶ **8,6-9,21 Las siete trompetas.** La primera trompeta provoca una colosal tormenta de granizo y fuego, con sangre. Se insiste en el castigo que simbolizaba el cuarto caballo, el del color verde-amarillo (6,8) y se evoca la séptima plaga de Egipto (cfr. Éx 9,22-26). La segunda alude a una convulsión volcánica de dimensiones cósmicas, que recuerda la primera plaga de Egipto (cfr. Éx 7,20s). La tercera produce una catástrofe de signo astral: una estrella ardiente aplasta la tierra y emponzoña las aguas, volviéndolas amargas. Existe una coincidencia sorprendente en la aplicación de este desastre en nuestra historia reciente. El nombre de la estrella es «Ajenjo» o «aguas amargas», que en el contexto bielorruso traduce la palabra «Chernóbil», el accidente nuclear de tan vastas y mortíferas consecuencias para la humanidad y la naturaleza. La cuarta trompeta alude a un eclipse simultáneo de planetas y satélites (cfr. Éx 10,21; Jl 3,4).

Respecto a la comprensión cristiana de estas plagas, ayuda saber que el Apocalipsis ha efectuado una libre recreación sobre varios modelos inspirativos: la destrucción de Sodoma y Gomorra, las plagas de Egipto y elementos de su propia visión. Se evoca, en definitiva, el poder perverso del mal, que realiza una obra opuesta a la primera creación, como una «anti-creación». Todo cuanto Dios había hecho bueno (la luz, las aguas, la tierra), ahora se menciona en orden inverso, se lo desnaturaliza, el «cosmos» (orden) regresa al «caos» (confusión). La reiteración de estas catástrofes posee una función pedagógica: actúan a manera de llamada insistente para que no se endurezca el corazón (como ocurría al faraón en Egipto) y la humanidad opresora se convierta.

La lectura del capítulo 9 produce sensación de vértigo; aparece la eclosión del mal «in crescendo». Véase su progresión en cadena. De las profundidades del abismo se levanta una humareda; de la humareda surgen saltamontes, y esos saltamontes resultan tan dañinos como los escorpiones. Éstos son caracterizados con rasgos grotescos, casi humanos o des-humanizados. Su rey se llama «Abadón» (el Exterminador). Serán tiempos de calamidad, en donde hasta la vida se convertirá en náusea. Sería preferible, entonces, la muerte; pero la muerte huye. El objetivo de tanta calamidad es buscar la profunda conversión del corazón humano.

El Apocalipsis describe con la extravagancia de algunos rasgos simbólicos la tremenda fuerza del mal en la historia. Son en síntesis éstos: los centros de poder opresivo simbolizados en coronas «como de oro»; en rostros que han perdido todo rasgo de humanidad: son ya inhumanos; en cabellos como de mujer, reducida ésta sólo a una fatal seducción; en dientes como de león, aludiendo a la crueldad del ser humano; en el poder de los escorpiones, puestos para hacer daño. Todo ello configura un cuadro impresionista, «goyesco» o «picassiano» (el Guernica, por ejemplo). Se encuentran aquí burdamente bosquejados los horrores de la guerra y de la inhumanidad.

Para la comunidad que lee el Apocalipsis se abre un tiempo de reflexión sobre el imperio del mal que invade nuestra historia. Pero el mal tiene un origen. No proviene de Dios, sino de un opuesto a Él. Tan enorme es su fuerza que no puede explicarse a partir de un hombre, sino de una instancia más potente e inhumana. El Apocalipsis lo designará como el gran Dragón, Diablo o Satanás. La comunidad cristiana debe saber que este tiempo de calamidad y de persecución será de cinco meses, es decir, tendrá una duración limitada y pasajera.

Con el toque de la sexta trompeta se intensifica la acción corrosiva del mal. Quedan sueltas las fuerzas naturales que ocupaban toda la tierra, representada en sus cuatro puntos cardinales; y el mal se desencadena a sus anchas, ahogando a la humanidad con su veneno. Surgen unos caballos cuyo número es incontable (9,16). Cabalgan en estampida, están provistos de una enorme ferocidad, pues más adelante se transforman en leones. Sus jinetes son apenas entrevistos. Ambos, caballos y caballeros, forman una unidad ecuestre, casi como centauros de la muerte. Llevan un colorido fantástico, un pelaje diabólico. Con todo ello se expresa dramáticamente la suma violencia. Están hechos sólo para dañar. Son partícipes de las fuerzas negativas, pues tienen colas como de serpiente. Quien los mueve y azuza es el Diablo, la serpiente primitiva (12,3.14.15; 20,2).

Todo este conjunto de símbolos e imágenes aterradoras que nos pueden parecer como salidos de una desbordada fantasía, están apuntando a la realidad del «mal» que padecen cada día millones y millones de seres humanos víctimas de toda clase de violencia: guerras, injusticia social, opresión, hambre, marginación, asesinatos, abortos, carestía de lo más esencial para la vida. Y todo ello, en un planeta llevado a la destrucción por la desenfrenada e incontrolada explotación de los recursos naturales. Lo que vemos cada día en nuestras pantallas de la TV y leemos en nuestros periódicos, nos lo presenta el autor del libro en una visión apocalíptica que lleva consigo el rechazo de Dios ante los males que sufre la humanidad y una llamada universal a la conversión. Conversión «vertical», que significa adorar al único Dios y tenerle a Él solo como Señor. Y conversión «horizontal» que elimine todas las fuerzas del mal que oprimen a la humanidad.

Dios; ⁵no para matarlos, sino para atormentarlos cinco meses. El tormento es como el de un hombre picado por un escorpión. ⁶En aquel tiempo los hombres buscarán en vano la muerte, desearán morir, y la muerte huirá de ellos. ⁷Las langostas se parecen a caballos preparados para la batalla; llevan en la cabeza coronas como de oro, tienen rostro como de hombres, ⁸cabello como de mujer, sus dientes como de león. ⁹Llevan corazas como de hierro. El rumor de sus alas es como el fragor de muchos carros de caballos corriendo a la batalla. ¹⁰Tienen colas como de escorpión, como agujijones, y en la cola poder para hacer daño a los hombres por cinco meses. ¹¹Su rey es el ángel del abismo, cuyo nombre en hebreo es Abadón y en griego Apolión. ¹²Pasó el primer ay; atención, que detrás llega el segundo.

¹³El sexto ángel dio un toque de trompeta: escuché una voz que salía de los cuatro salientes del altar de oro que está delante de Dios ¹⁴y decía al sexto ángel que tenía la trompeta: Suelta a los cuatro ángeles encadenados junto al río Grande —el Éufrates—. ¹⁵Soltaron a los cuatro ángeles, que estaban preparados para una hora de un día de un mes de un año, para matar a una tercera parte de la humanidad. ¹⁶Oí el número de los escuadrones de caballería: doscientos millones. ¹⁷Este es el aspecto que vi de los caballos y sus jinetes: llevaban corazas de fuego, color jacinto, y azufre. Las cabezas de los caballos como de leones; de las bocas salía fuego y humo y azufre. ¹⁸Por esas tres plagas que salían de su boca, fuego y humo y azufre, pereció una tercera parte de la humanidad.

¹⁹Los caballos tienen su fuerza en la boca y en la cola. Sus colas parecen serpientes con cabezas y con ellas hieren. ²⁰El resto de los hombres que no murieron por estas plagas, no se arrepintieron de las obras de sus manos: no dejaron de adorar a los demonios y a los ídolos de oro, plata y bronce, de piedra y madera, que ni ven ni oyen ni caminan. ²¹No se arrepintieron de sus homicidios, ni de sus brujerías, ni de sus inmoralidades sexuales ni de sus robos.

El pequeño libro¹⁷

10 ¹Vi otro ángel poderoso bajando del cielo, envuelto en una nube, con el arco iris sobre la cabeza; su rostro como el sol, sus piernas como columnas de fuego. ²Tenía en la mano un pequeño libro abierto. Apoyó el pie derecho en el mar y el izquierdo en tierra firme ³y gritó con voz potente, como ruge un león. Cuando gritó, hablaron con su voz los siete truenos. ⁴Cuando los siete truenos hablaron, me dispuse a escribir. Pero oí una voz del cielo que me decía: Guarda en secreto lo que dijeron los siete truenos y no lo escribas. ⁵El ángel que vi de pie sobre el mar y la tierra firme alzó la mano derecha hacia el cielo ⁶y juró por el que vive por los siglos de los siglos, que creó el cielo y cuanto contiene, la tierra y cuanto contiene, el mar y cuanto contiene: que ya no queda tiempo; ⁷que, cuando suene el toque de trompeta del séptimo ángel, se cumplirá el plan secreto de Dios, como anunció a sus siervos los profetas.

⁸La voz celeste que había oído me dirigió de nuevo la palabra: Anda, toma el pequeño libro que tiene abierto en la mano el ángel plantado sobre el mar y la tierra firme.

⁹Me dirigí al ángel y le pedí que me entregara el pequeño libro. Me dice: Toma y cómelo, que en la boca te sabrá dulce como miel y amargo en el estómago. ¹⁰Tomé el pequeño libro de mano del ángel y lo comí: en la boca era dulce como miel; pero cuando lo tragué, sentí amargo el estómago. ¹¹Me dicen: Tienes que profetizar de nuevo sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes.

¹⁷ **10,1-11 El pequeño libro.** Aparece un ángel vigoroso. Sus rasgos deslumbrantes lo describen como una figura celestial muy cercana al Señor, tal como fue contemplado al inicio del libro (1,9-20): le envuelve una nube, un arco iris nimba su cabeza, el brillo soleado de su rostro y la firmeza de sus pies son aspectos característicos del Señor. Toda esta vistosidad iconográfica insiste en la trascendencia divina del personaje y en la gravedad del mensaje que va a proclamar. Admírese el poderío impresionista de las imágenes del Apocalipsis. Como si de ese sol surgiesen verticalmente dos enormes rayos, fulminando el universo, así apoya sus dos pies sobre el mar y la tierra este ángel. Igual que un coloso que realiza un acto de posesión absoluta. En señal de dominio lanza un rugido de león.

El misterioso ángel levanta su mano al cielo (cfr. Dt 32,40) para acompasar con su gesto un juramento solemne (cfr. Dn 12,7). Toma por testigo al mismo Dios, aquí contemplado como el Viviente y el Creador de todo cuanto existe.

El contenido del juramento se refiere a la plena seguridad de que el «Misterio» o designio universal de salvación se va a realizar por entero. Dios sostiene, orienta y empuja este cumplimiento. Pero no hay que fijarse en los cálculos temporales, sino en la certeza de su consumación y en la seguridad ineluctable del triunfo final. Tanta grandeza del ángel misterioso se concentra en el «pequeño libro» (así descrito en el griego del texto). A saber, el plan de Dios ha ido realizándose paulatinamente en la historia. Dentro de este proceso, Juan, como profeta, asume su importancia. Ahora se revela el gesto simbólico del ángel que le ofrece el libro para que lo devore. Juan se traga el libro. Existe una alusión al profeta Ezequiel quien realiza idéntica acción (cfr. Ez 2,8-3,3). El gesto plástico muestra el proceso de interiorización de la Palabra. Es menester asimilarla e incorporarla, a fin de que el profeta viva ya de la fuerza de la Palabra de Dios. El sabor que depara resulta agrídulce. Por una parte, conlleva el gozo de anunciar el mensaje de Dios; por otra, la amargura que implica el rechazo deliberado a la palabra predicada. (cfr. Am 3,3-8; Jr 20,9).

Los dos testigos¹⁸

11 ¹Me entregaron una caña semejante a una vara de medir y me ordenaron: Levántate y mide el templo de Dios y el altar y cuenta a los que adoran en él. ²El atrio exterior del templo exclúyelo de la medida, porque se entrega a los paganos, que pisotearán la Ciudad Santa cuarenta y dos meses. ³Enviaré a mis dos testigos, que, vestidos con hábitos de penitencia, profetizarán mil doscientos sesenta días. ⁴Son los olivos y las dos lámparas que están ante el Señor del mundo. ⁵Si alguien intenta hacerles daño, echarán por la boca un fuego que consumirá a sus enemigos. Así ha de morir quien intente hacerles daño. ⁶Ellos tienen poder para cerrar el cielo, de modo que no llueva mientras ellos profetizan, y poder sobre las aguas para convertirlas en sangre, y poder sobre la tierra para herirla con plagas cuando quieran. ⁷Cuando terminen su testimonio, la fiera que sube del abismo les declarará guerra, los derrotará y los matará. ⁸Sus cadáveres quedarán tendidos en la calle de la Gran Ciudad que lleva el nombre simbólico de Sodoma y Egipto, donde fue crucificado su Señor. ⁹Durante tres días y medio, gente de diversos pueblos, razas, lenguas y naciones vigilarán sus cadáveres y no permitirán que los sepulsen. ¹⁰Los habitantes del mundo se alegrarán de su derrota, y lo festejarán enviándose mutuamente regalos, porque aquellos dos profetas atormentaban a los habitantes del mundo. ¹¹Pasados los tres días y medio, el aliento de vida de Dios penetró en ellos, y se pusieron en pie. Los que lo vieron se llenaron de terror ¹²y oyeron una voz potente, del cielo, que les decía: Suban acá. Subieron en una nube al cielo mientras sus enemigos los miraban.

¹³En aquel momento sobrevino un gran terremoto y la décima parte de la ciudad se derrumbó y murieron en el terremoto siete mil personas. Los restantes se aterrorizaron y confesaron la gloria del Dios del cielo. ¹⁴Pasó el segundo ay; mira que pronto llega el tercero.

La séptima trompeta¹⁹

¹⁵El séptimo ángel dio un toque de trompeta: voces potentes resonaron en el cielo: Ha llegado el reinado en el mundo de nuestro Señor y de su Mesías y reinará por los siglos de los siglos. ¹⁶Los veinticuatro ancianos sentados en sus tronos delante de Dios se inclinaron hasta el suelo y adoraron a Dios ¹⁷diciendo:

Te damos gracias, Señor, Dios Todopoderoso,
el que es y el que era,
porque has asumido el poder supremo y el reinado.

¹⁸ **11,1-14 Los dos testigos.** El horizonte de la proclamación de la Palabra de Dios se abre a la universalidad. Nadie debe quedar al margen del anuncio del misterio de Dios. Juan es investido profeta: su libro –el Apocalipsis cristiano que estamos leyendo– goza de la garantía autorizada de Dios. La Iglesia es comparada a un templo. El santuario de Dios y el altar son medidos, a saber, preservados por Dios; aunque el patio exterior es pisoteado y entregado a los paganos. La imagen-secuencia quiere decir que la Iglesia conocerá tiempos de persecución (42 meses, a saber, un tiempo limitado), pero no será destruida ni aniquilada por completo. El poder de Dios la asiste y protege lo más sagrado que hay en ella.

El relato de los dos testigos-profetas (3-14) es, sin duda, uno de los más enigmáticos y difíciles de todo el libro, pero asimismo de los más fecundos e inspiradores para entender la vocación profética de la Iglesia. Estos dos testigos, por los rasgos con que son descritos, pueden ser: Josué y Zorobabel (cfr. Zac 4,2s = Ap 11,4); Elías (cfr. 2 Re 1,5-12 = Ap 11,4; 1 Re 17,1 = Ap 11,6) y Jeremías (cfr. Jr 5,14 = Ap 11,5); Moisés y Aarón (cfr. Éx 7,17.19s = Ap 1,16). O bien Moisés y Elías, los dos testigos que aparecieron junto a Jesús durante la transfiguración (cfr. Mt 17,1-9). Pero, debido a la acumulación de alusiones, complicidades, insinuaciones... el autor pretende sugerir no una interpretación restringida, sino representativa. En definitiva, estos dos testigos son figura de la Iglesia profética, muestran simbólicamente a toda la Iglesia en el ejercicio de su misión evangelizadora ante el mundo. Según el Apocalipsis existe una potencia demoníaca –«bestial»–, que pone en marcha toda persecución histórica contra la Iglesia profética. Se llama la «trinidad demoníaca».

Los testigos mueren donde «su Señor fue crucificado», es decir, son maltratados en nombre de Jesús. Si persiguieron al Maestro, también son perseguidos sus discípulos (cfr. Jn 16,20). Tal es la razón profunda de toda persecución y el timbre de gloria de todo mártir: ser testigo de Jesús.

Se asiste ahora a la presentación de la más dura persecución que el mundo, cerrado al mensaje de la salvación, infiere a la Iglesia. A los testigos-profetas se les niega hasta el derecho de una sepultura (cfr. Jr 3,2; Sal 79,2s; Tob 1,18). Ante su muerte degradante, los pueblos no se conculen, sino que en danza macabra, contrapartida de la fiesta de los Purim (cfr. Est 9,10; Neh 8,10-12), se alegran y se hacen regalos. Con qué razón a Juan le supo amargo el libro (10,10b).

¹⁹ **11,15-18 La séptima trompeta.** Pero los profetas cristianos, asistidos por Dios, no sucumben finalmente ante el mal. Su predicación no acaba en fracaso. Tras un tiempo de persecución limitado (tres días y medio), el Espíritu de Dios les da vida; se levantan y se ponen de pie, resucitan igual que el Cordero quien está permanentemente de pie (5,6) y suben triunfantes al cielo, a la región de Dios. El destino de la Iglesia profética se calca en el de Jesús; los testigos cristianos reproducen su misma vida: predicación, muerte, ignominia. Si mueren con Él, también resucitarán con Él. Cristo sigue dando hoy testimonio al mundo a través de sus profetas y testigos.

En la visión de Juan se han roto las fronteras entre el cielo y la tierra: existe una comunicación perfecta. Todo cuanto realiza con empeño la Iglesia terrestre tiene su reflejo en el cielo. Ésta ha cumplido fielmente su misión. De todo ello participa la Iglesia celeste, y se alegra. La presente doxología es la respuesta jubilosa al testimonio doloroso, pero fecundo, de la Iglesia profética. El himno insiste en el reinado de Dios y de Cristo, quien lo hace visible en la tierra a través de sus testigos. Su instauración y establecimiento van a encontrar una doble respuesta. Una negativa, de rechazo, que es calificado con el bíblico nombre del «tiempo de la ira»; otra, acogedora, de recompensa a los profetas y santos, y a quienes veneran el nombre del Señor. Pero el reino de Dios posee un dinamismo expansivo que ningún impedimento será capaz de sofocar.

¹⁸Los paganos se habían enfurecido,
pero llegó el tiempo de tu ira,
la hora de juzgar a los muertos
y de dar el premio a tus siervos los profetas,
a los consagrados, a los que respetan tu Nombre, pequeños y grandes;
la hora de destruir a los que destruyen la tierra.

La mujer y el dragón²⁰

¹⁹En ese momento se abrió el templo de Dios que está en el cielo y apareció en el templo el arca de su alianza. Hubo relámpagos, estampidos, truenos, un terremoto y una fuerte granizada.

12¹Una gran señal apareció en el cielo: una mujer revestida del sol, la luna bajo los pies y en la cabeza una corona de doce estrellas. ²Estaba encinta y gritaba de dolor en el trance del parto. ³Apareció otra señal en el cielo: un dragón rojo enorme, con siete cabezas y diez cuernos y siete turbantes en las cabezas. ⁴Con la cola arrastraba la tercera parte de los astros del cielo y los arrojaba a la tierra. El dragón estaba frente a la mujer que iba a dar a luz, dispuesto a devorar a la criatura en cuanto naciera. ⁵Dio a luz a un hijo varón, que ha de apacentar a todas las naciones con vara de hierro. El hijo fue arrebatado hacia Dios y hacia su trono. ⁶La mujer huyó al desierto, donde tenía un lugar preparado por Dios para sustentarla mil doscientos sesenta días.

²⁰ **11,19–12,18 La mujer y el dragón.** Este capítulo se encuentra saturado de detalles simbólicos muy complejos, que han dado lugar a interpretaciones inverosímiles basadas en mitos primitivos. El mensaje fundamental se refiere a la Iglesia, como nuevo pueblo de Dios, quien da a luz, en medio de la hostilidad y persecución a muerte, a Jesús, el Mesías. La palabra «señal» no quiere decir un portento espectacular, sino un signo misterioso que exige una clarificación. Dos señales, de signo antagónico, la mujer y el dragón, aparecerán en permanente conflicto a lo largo de nuestro capítulo.

La mujer está adornada con un cúmulo de rasgos vistosos, que deben ser interpretados. Su vestido de sol indica la predilección con que Dios la envuelve (cfr. Gn 3,21; Is 52,1; 61,1), un vestido hecho de celestial hermosura (1,16). Pisa la luna, a saber, supera las fases del tiempo (cfr. Sal 88,38): es perpetuamente joven y hermosa como la Amada del Cantar (6,10). Su corona de doce estrellas alude al premio (corona como galardón: 2,10; 3,11), que significa poder compartir una condición gloriosa («la estrella matutina» 2,28). Doce es el número de las tribus y de los apóstoles (21,12-14). Esta mujer representa a la Iglesia en la feliz plenitud de su realización, anclada en la eternidad de Dios, partícipe de la misma vida de Dios, y como la coronación ideal del pueblo de Dios.

Junto a esa imagen gloriosa de la mujer, aparece también, en continuidad visual, otro aspecto más terreno y doloroso. La mujer es madre anunciada. «Grita», es decir, se queja por el parto que se avecina y suplica a Dios que la socorra. Se debate entre los dolores del alumbramiento; pero éstos no son sino el preludio de la era mesiánica (cfr. Miq 4,9s; Gál 4,27). Ambas facetas, de gloria y sufrimiento, deben complementarse; las dos se refieren a la Iglesia contemplada ya sea en su escatología realizada, ya en su devenir histórico.

Se presenta la otra señal: un gran dragón. Tiene color sanguinario —el rojo de la sangre (6,4)— y posee un poder inhumano pero no absoluto, pues no tiene siete cuernos —es la cifra del Cordero (5,6)— sino diez. En un gesto inaudito, barre con su cola la tercera parte de las estrellas. Para percibir su trasfondo histórico, conviene recordar que la expresión se aplicó a Antíoco IV Epífanos cuando ambicionó una gloria divina (cfr. Dn 8,10). El dragón posee, pues, una manía obsesiva en ser como dios. La otra ambición consiste en perseguir con saña a la mujer. Repárese en la desproporción manifiesta. Un enorme dragón se apostó frente a una pobre mujer impedida para devorar al débil hijo en el momento de su nacimiento. Se presiente un drama de muerte, allí donde va a nacer la vida.

A pesar del asedio y amenaza, la mujer consigue dar a luz a un hijo varón, cuyo oficio es «pastorear». Por su clara alusión al Sal 2, que ha sido interpretado en clave mesiánica (cfr. Is 7,14; Ap 2,27; 19,15), este hijo varón se refiere a Jesucristo. Aquí se habla principalmente del nacimiento pascual de Jesús. Tal es la óptica del libro acerca de Jesús, contemplado en su misterio de muerte y resurrección. A través de la resurrección, Jesús escapó de las garras de muerte del dragón y fue llevado junto al trono de Dios (cfr. Jn 12,24; Hch 2,24). En la imagen de la mujer está representada la Iglesia, la que da a luz a Cristo (cfr. Ef 4,13; Gál 4,19) y también María, su madre, quien lo da a luz en contexto de dolor. El desierto es lugar de la ambivalencia: puede ser escenario de dura prueba y también servir de encuentro con Dios en la soledad (cfr. Os 2). Dios protege a su Iglesia a lo largo de su éxodo por el desierto; la alimenta con el maná (cfr. Éx 16) y —en clave cristiana— con el nuevo maná, que es la eucaristía (cfr. Jn 6).

La resurrección posee efectos fulminantes: el cielo, adquirido por Cristo, exige que sea liberado de espíritus rebeldes. A través de reliquias de antiguas creencias (cfr. Dan 10,13.21; 21,1), el libro recuerda una gran contienda en los cielos. El arcángel Miguel, cuyo nombre significa «¿Quién como Dios?» o el «combatiente de Dios», y sus ángeles pelean contra el dragón y los suyos. Lo que el libro pretende subrayar es la derrota sin paliativos, para siempre, del gran dragón y sus secuaces. Los evangelios también lo afirmarán (cfr. Lc 10,18; Jn 12,31). El texto insistentemente reitera que el Diablo o Satanás, el instigador del mal en el mundo, ha sido arrojado del cielo y echado a la tierra. La victoria es celebrada de inmediato y con toda solemnidad en el cielo, donde resuena una voz inmensa. Se trata de la voz de los veinticuatro ancianos (4,4) y los mártires que clamaban bajo el altar (6,9) y la multitud de los sellados (7,9). Toda la asamblea del cielo se regocija. Se ha hecho realidad la victoria de Dios y de Cristo; ha sido derrocado el «acusador permanente de nuestros hermanos». El Diablo es interpretado conforme a su escritura griega, a saber, «Satán» o el «Acusador» (cfr. Job 1,9-11). En lugar de ser acusados, los cristianos son ahora los vencedores. Como Cristo, su Señor (5,9.11), y juntamente con Él, han vencido por medio de su sangre derramada y de su testimonio.

El dragón persigue sin tregua a la mujer por el desierto, pero su esfuerzo es vano. Esta mujer que representa la Iglesia, es asistida por Dios quien la lleva sobre alas de águila (proverbial imagen bíblica de la providencia: cfr. Éx 19,4; Dt 32,11), y es nutrida por el simbólico maná (cfr. 1 Re 17,4; 19,5-7). La persecución contra la mujer no cesa. Aparece una nueva trampa mortal, simbolizada esta vez en las aguas turbulentas (cfr. Sal 18,5; 32,6; 124,4); pero resulta inútil acabar con la Iglesia. Las aguas se pierden en la tierra, como torrentes engañosos.

Otra nueva decepción acrecienta la rabia del dragón. Se hincha de cruel despecho. Ya le queda poco tiempo y arremete con saña; la persecución se tornará más severa contra los hijos de la mujer, es decir, contra los cristianos, quienes dan testimonio de Jesús. La comunidad eclesial debe vivir alerta y alentada, participando en el canto de victoria de sus hermanos ya triunfantes en el cielo (10-13).

⁷Se declaró la guerra en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón; el dragón luchaba asistido de sus ángeles; ⁸pero no vencía, y perdieron su puesto en el cielo. ⁹El dragón gigante, la serpiente primitiva, llamada Diablo y Satanás, que engañaba a todo el mundo, fue arrojado a la tierra con todos sus ángeles. ¹⁰Escuché en el cielo una voz potente que decía:

Ha llegado la victoria, el poder y el reinado de nuestro Dios
y la autoridad de su Cristo;
porque ha sido expulsado el que acusaba a nuestros hermanos,
el que los acusaba día y noche ante nuestro Dios.

¹¹Ellos lo derrotaron con la sangre del Cordero
y con su testimonio, porque despreciaron la vida hasta morir.

¹²Por eso que se alegren los cielos, y sus habitantes.

Pero, ¡Ay de la tierra y del mar!,
porque el Diablo ha bajado hasta ustedes,
enfurecido, porque sabe que le queda poco tiempo.

¹³Cuando vio el dragón que había sido arrojado en tierra, persiguió a la mujer que había dado a luz al varón. ¹⁴A la mujer le dieron las dos alas del águila gigante, para que volase a su puesto en el desierto, donde la sustentarán un año y dos años y medio año, lejos de la serpiente. ¹⁵La serpiente echó por la boca agua como un río detrás de la mujer, para arrastrarla en la corriente. ¹⁶Pero la tierra auxilió a la mujer abriendo la boca y bebiendo el río que había echado por la boca el dragón. ¹⁷Enfurecido el dragón con la mujer, se alejó a pelear con el resto de sus descendientes, los que cumplen los preceptos de Dios y conservan el testimonio de Jesús. ¹⁸Y se detuvo a la orilla del mar.

Las dos fieras²¹

(Dn 7)

13 ¹Vi salir del mar una fiera con diez cuernos y siete cabezas; en los cuernos diez turbantes y en las cabezas títulos blasfemos. ²La fiera de la visión parecía un leopardo, con patas como de oso y boca como de león. El dragón le delegó su poder, su trono y una autoridad grande. ³Una de sus cabezas parecía herida de muerte, pero la herida mortal se sanó. Todo el mundo admirado seguía a la fiera y adoraba al dragón que dio su autoridad a la fiera; ⁴y adoraban a la fiera diciendo: ¿Quién se mide con la fiera?, ¿quién podrá luchar con ella? ⁵Le permitieron decir

²¹ **13,1-18 Las dos fieras.** El presente capítulo aparece abigarrado de una confusa simbología animal (bestias, leopardos, cuernos...). Se trata de una denuncia del mal (dicha en clave apocalíptica), que el mismo autor está padeciendo en Patmos y que, como profeta inspirado, ve desplegarse en la persecución contra la Iglesia. La primera fiera surge del mar, del oscuro mundo del caos (cfr. Gn 1,2; Sal 88,10s) como las cuatro bestias que ve el profeta Daniel (cfr. Dn 7): representa la hostilidad hacia Dios. Su aspecto es híbrido, extraño cruce de varios animales feroces. En la fiera se concentran las bestias anunciadas por el profeta Daniel: es la suma de todos los imperios que habían oprimido históricamente al pueblo de Dios. Nuestro libro contempla esa fiera encarnada en el anticristo o imperio romano, que persigue y mata a los cristianos.

Juan reconoce que sólo Dios se sienta en el trono (4,2) y que detenta toda autoridad (4,11), sin embargo el gran dragón va contra Dios y quiere arrebatarle su poder. Tal es la profunda perspectiva del libro. Estos tres animales no son sino una burla de la Santa Trinidad. Frente a Dios Padre, a Jesucristo y al Espíritu santo, se levantan el gran dragón, la primera bestia, y la segunda bestia. El mal en la historia tiene raíces demoníacas. La esencia de esta trinidad diabólica es la perversión: ir contra Dios y combatir la Iglesia con todos los medios a su alcance, con la violencia de la sangre o el engaño de la captación.

La primera fiera –con diez cuernos y herida mortalmente–, es una siniestra parodia de Cristo, el Cordero degollado pero de pie, a saber, muerto y resucitado (5,6). Ante ese grito blasfemo de la bestia, que pretende en su soberbia suplantar a Dios y erigirse como dios invicto, el libro responde que Cristo es más grande que el imperio y que los cristianos que sufren y son sacrificados serán los verdaderos triunfadores. La primera bestia posee una enorme vitalidad. No acaba de morir. Es el imperio de Roma pero no se agota en él, se reproduce fatalmente en otros sistemas totalitarios, centros de poder que atentan contra Dios y tratan de esclavizar su más viva imagen, el ser humano.

El libro está solicitando del lector o comunidad cristiana, un esfuerzo de suma atención. Debe la comunidad descifrar estos símbolos, discernir los signos de los tiempos, hacer una aplicación a la historia que vive y padece. Sólo el Espíritu Santo concede esta inteligencia espiritual para captar lúcidamente el hondo mensaje del libro, y junto a esta labor sapiencial, también se reclama una gran dosis de resistencia para hacer frente y soportar tanta adversidad.

La segunda fiera sube de la tierra, que significa el horizonte donde se desarrolla la historia humana. En toda su actuación, aparece como una contrapartida del Espíritu Santo de profecía. Pretende dar voz y vitalidad a la primera fiera, seduce a los seres humanos con los falsos valores del imperio. La segunda fiera es el espíritu de la mentira, el falso profeta. Representa todo el poder de propaganda del estado. Marca la frente –capacidad de pensar– y la mano –capacidad de iniciativa–, es decir, crea fanáticos a su sistema cerrado. Impide también el libre comercio de las ideas y de las mercancías. Crea un falso bienestar para unos pocos adeptos y hace que el resto quede encandilado ante tanta opulencia. Representa toda ideología –esa tremenda fuerza de la propaganda– que anula la capacidad de libertad, a fin de lograr un culto idolátrico, y que los hombres vivan como esclavos, al «dictado» servil de cuanto se les diga.

El capítulo acaba con una llamada a la reflexión sapiencial. Según las reglas de la «gematría», la cifra 666, leída en caracteres hebreos, da como resultado esta frase: «Nerón César». Con ello se alude a que el poder demoníaco de la fiera se encarnó en Nerón, el perseguidor de los cristianos. Pero el siniestro personaje parecía encarnarse en sucesivos emperadores asimismo sangrientos. Uno de ellos: Domiciano. El Apocalipsis denuncia una atroz persecución; pero al mismo tiempo anuncia un consuelo. La cifra no llega a la totalidad, que sería exactamente 777 (tres veces siete). Habrá, pues, una persecución cruel, pero será parcial y transitoria. La comunidad cristiana no debe venirse abajo en su fidelidad y perseverancia.

cosas arrogantes y blasfemas, le dieron autoridad para actuar cuarenta y dos meses. ⁶Abrió la boca blasfemando de Dios, blasfemando de su Nombre y su morada y de los que habitan en el cielo. ⁷Le permitieron hacer la guerra a los santos y vencerlos; le dieron autoridad sobre toda raza, pueblo, lengua y nación. ⁸La adorarán todos los habitantes de la tierra cuyos nombres no están registrados desde el principio del mundo en el libro de la vida del Cordero degollado. ⁹El que tenga oídos que escuche: ¹⁰El destinado al cautiverio irá cautivo, el destinado a la espada a espada morirá. ¡Aquí se pondrá a prueba la perseverancia y la fe de los santos!

¹¹Vi subir de la tierra otra fiera, con dos cuernos como de cordero, que hablaba como un dragón. ¹²Ejercía toda la autoridad de la primera fiera en su presencia, y obligaba a todos los habitantes de la tierra a adorar a la primera fiera, cuya herida mortal se había sanado. ¹³Hace grandes señales: hace caer rayos del cielo a la tierra en presencia de los hombres. ¹⁴Engaña a los habitantes de la tierra con las señales que le permiten hacer delante de la fiera. Manda a los habitantes de la tierra fabricar una imagen de la fiera herida a espada y todavía viva. ¹⁵Le permitieron infundir aliento en la imagen de la fiera, de modo que la imagen de la fiera hablara e hiciera morir a los que no adoraban la imagen de la fiera. ¹⁶A todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, hace que les pongan una marca en la mano derecha o en la frente; ¹⁷de modo que el que no lleve la marca con el nombre de la fiera o con los numerales de su nombre no pueda comprar ni vender. ¹⁸¡Aquí se pondrá a prueba el talento! El que tenga inteligencia que calcule el número de la fiera; es número de una persona y equivale a 666.

Los salvados²²

14 ¹Vi al Cordero que estaba en el monte Sión y con él ciento cuarenta y cuatro mil que llevaban su nombre y el nombre del Padre grabado en la frente. ²Oí un ruido en el cielo: como ruido de aguas torrenciales, como ruido de muchos truenos, el ruido que oí era como el de muchos arpistas tocando sus arpas. ³Cantan un cántico nuevo delante del trono, delante de los cuatro vivientes y de los ancianos. Nadie podía aprender el cántico fuera de los ciento cuarenta y cuatro mil rescatados de la tierra. ⁴Son los que no se han contaminado con mujeres y se conservan vírgenes. Éstos acompañan al Cordero por donde vaya. Han sido rescatados de la humanidad como primicias para Dios y para el Cordero. ⁵En su boca no hubo mentira: son intachables.

²² **14,1-5 Los salvados.** Como contraste ante la capitulación casi generalizada de los habitantes de la tierra, los adoradores de la fiera (13,8.12), queda un resto que está con el Cordero victorioso. Importa subrayar la novedad. Ya no aparece Jesucristo en su egregia soledad (5,1-14), sino acompañado de 144.000. Este número (7,4-8) representa el resto de Israel (cfr. Is 1,9; 4,2s; 6,13; Ez 9,1-4; Am 3,12): son la fuerza viva de la Iglesia. No llevan la marca de la fiera (13,16), sino grabado en sus frentes el nombre de Jesucristo y del Padre. Los cristianos están consagrados enteramente a Dios: viven protegidos por él y serán victoriosos con Jesucristo. Hay que admirar la belleza del texto que logra hacer música hasta con la misma letra, con la cadencia de las palabras. La música sinfónica se va modulando, en varios movimientos. Primero es voz celeste, luego se convierte en un trueno impetuoso, más tarde el trueno se refracta en voz de aguas torrenciales (cfr. Ez 1,24). Y este inmenso fragor se remansa en música suave: el «de arpistas tocando sus arpas»; se escucha la música sagrada de la liturgia (5,8; 15,2; 18,22).

El cántico nuevo es el que inaugura Jesucristo con su misterio de muerte y resurrección. Sólo Él es la novedad absoluta. Su triunfo posee el poder instaurador de hacer nuevas todas las cosas: el Nombre de Dios, la ciudad de Jerusalén, el cristiano y el universo (2,17; 3,12; 21,5). Cinco rasgos caracterizan a los componentes del cortejo del Cordero. Son vírgenes, es decir, se abstienen del culto de la idolatría (ya descrito en el capítulo 13). Siguen al Cordero de manera fiel e incondicional hasta donde sea preciso. Han sido rescatados, a saber, son propiedad exclusiva de Dios. Tienen labios sinceros (cfr. Sof 3,9.12s), como el siervo del Señor (cfr. Is 53,9) y el mismo Jesús (cfr. 1 Pe 2,22). No practican la mentira, es decir, la idolatría (cfr. Is 44,20; 57,4). En definitiva, frente a aquella visión negativa de la tríada demoníaca y sus secuaces, el libro ofrece ahora la positiva imagen de Jesucristo victorioso y de los cristianos leales: una Iglesia fiel y misionera, en marcha con su Señor.

La hora del juicio²³

⁶Vi otro ángel volando por lo más alto del cielo llevando la Buena Noticia eterna, para anunciarla a los que residen en la tierra, a toda nación, raza, lengua y pueblo. ⁷Él proclamaba con voz potente: Respeten a Dios y denle gloria, porque ha llegado la hora de su juicio. Adoren al que hizo el cielo y la tierra, el mar y los manantiales.

⁸Un segundo ángel lo acompañaba diciendo: Cayó, cayó la gran Babilonia, la que embriagaba a todas las naciones con el vino furioso de su prostitución.

⁹Un tercer ángel los acompañaba diciendo a grandes voces: El que adore a la fiera y a su imagen, el que acepte su marca en la frente o en la mano ¹⁰habrá de beber el vino de la cólera de Dios vertido sin mezcla en la copa de su ira; será atormentado con fuego y azufre delante de los santos ángeles y delante del Cordero. ¹¹El humo del tormento se eleva por los siglos de los siglos. No tienen descanso de día ni de noche los que adoran a la fiera y a su imagen, los que reciben la marca de su nombre. ¹²¡Aquí está la constancia de los santos, que observan los mandamientos de Dios y se mantienen fieles a Jesús! ¹³Oí una voz celeste que decía: Escribe: Felices los que en adelante mueran fieles al Señor. Sí –dice el Espíritu– descansarán de sus fatigas porque sus obras los acompañan. ¹⁴Vi una nube blanca y en la nube sentada una figura humana, con una corona de oro en la cabeza y en la mano una hoz afilada.

¹⁵Salió otro ángel del templo y gritó en voz alta al que estaba sentado en la nube: Mete la hoz y siega porque llegó la hora de la siega, cuando la cosecha de la tierra está bien madura. ¹⁶El que estaba sentado en la nube metió la hoz en la tierra y la tierra quedó segada.

¹⁷Salió otro ángel del templo del cielo, también él con una hoz afilada.

¹⁸Salió otro ángel de junto al altar, el que controla el fuego, y dijo a grandes voces al de la hoz afilada: Mete la hoz afilada y vendimia las uvas de la vid de la tierra, porque los racimos están maduros. ¹⁹El ángel metió la hoz en la tierra y vendimió la vid de la tierra y echó las uvas en la cuba grande de la ira de Dios. ²⁰Pisaron la cuba fuera de la ciudad y se desbordó la sangre de la cuba, que llegó a la altura del freno de los caballos en un radio de trescientos kilómetros.

Las siete últimas plagas²⁴

²³ **14,6-20 La hora del juicio.** Aparecen tres ángeles. Son heraldos de Dios y presagian los últimos acontecimientos. El primero, bien visible en lo alto del cielo, proclama un mensaje universal. Urge la conversión (cfr. Hch 14,15; 1 Tes 1,9), pues ha llegado la hora del juicio. El segundo ángel, para dar mayor realismo a la urgencia de la conversión, proclama como ya realizado el juicio definitivo sobre Babilonia, cuya destrucción será descrita más tarde (18). El tercer ángel anuncia el destino final del adorador de la fiera. Con imágenes lacerantes, tomadas del castigo proverbial de Sodoma y Gomorra (cfr. Gn 19,24; Ez 38,22), y de oráculos de exterminio (cfr. Jr 25,15), se muestra la severidad del juicio divino. Esta desdicha fatal queda resumida en tres penas: negación de la vida («tormento de fuego y azufre»), privación de relaciones sociales («sube el humo de su incendio desde la ciudad desolada») y perennidad del sufrimiento, pues «no tienen reposo ni de día ni de noche».

Los versículos 11-14 ofrecen otro momento de pausa sapiencial. Para no dejarse abatir por la suerte adversa de los idólatras, hay que reflexionar. Se requiere la constancia de los santos, gran capacidad de aguante y mantener la fe de Jesús, el testigo fiel del Padre. El Espíritu Santo resulta garante de una dicha inmensa. Los cristianos, que mueren en el Señor, los que han permanecido fieles, son ya bienaventurados. Se insiste en el comienzo sin retorno y sin mengua de tanta dicha: ya desde el momento de su muerte son felices. No les aguarda una desdicha fatal (como a los adoradores de la fiera), sino una bienaventuranza eterna. Sus obras de amor no morirán perdidas estérilmente en el olvido sino que permanecerán para siempre.

Tras el consuelo de la bienaventuranza, el libro refiere el cumplimiento de la proclama de los tres ángeles (15-20): el juicio inapelable de Dios. La representación se inspira en el profeta Joel (cfr. Jl 14,1) pero aquí disociada: primero descrita como cosecha, luego como una vendimia. El recolector es Jesucristo, quien aparece en la figura humana y adornado con una corona de oro, característica de su victoria ya lograda (6,2; 19,2).

Tres ángeles, en claro paralelismo literario a los tres anteriores, son los encargados de interpretar y dar el orden de la ejecución (cfr. Mt 9,38). La sangre que desborda de la cuba no forma un charco, sino un lago inmenso, que alcanza una altura desmesurada y se extiende ampliamente (300 kilómetros). Son visualizaciones a propósito distorsionadas con un objetivo teológico: dramatizar la grandeza y severidad del juicio.

²⁴ **15,1-8 Las siete últimas plagas.** Juan se sitúa de nuevo en el escenario del cielo; contempla allí otra señal, la tercera, tras la manifestación de la mujer (12,1) y del gran dragón (12,3). Ve siete ángeles que llevan siete plagas: son las postreras, porque en ellas se va a consumir la ira de Dios. El capítulo quince ofrece una breve introducción a la ejecución de estas siete plagas, cuya pormenorizada descripción se dará en el capítulo siguiente. Este pasaje pretende fortalecer la fe de la comunidad cristiana tras la adversidad sufrida y la calamidad de las plagas que se avecinan. Fiel a su proverbial costumbre, el Apocalipsis sigue siendo el libro cristiano de la consolación.

Aparece un mar cristalino, veteado de fuego. Es bíblica referencia al Mar Rojo (cfr. Éx 15,1-9; Sab 19,2-21). Igual que los israelitas siguieron tras las huellas de Moisés, a pie enjuto, así marchan los cristianos fieles tras la senda abierta por el Cordero. Los vencedores son la contrarréplica a los adoradores idólatras (13,7.14.15): han desafiado a la fiera, no le han prestado acatamiento ni han seguido sus consignas. Aunque se encuentren en medio del mar, símbolo de la tribulación, no hacen fondo ni se hunden en sus aguas formidables. Estar de pie es alusión a la firmeza y resurrección, como Jesucristo, el Cordero vencedor (5,6). Al final han resultado victoriosos con Él (12,11); por eso están de pie y entonan una liturgia de victoria. No hay dos cantos opuestos: el de Moisés y el del Cordero, sino un largo y continuado canto de victoria. Se insiste en la perspectiva unitaria de la economía de la liberación. Existe una sola historia de salvación que empezó en el Antiguo Testamento y que ahora se ha hecho plena realidad con la victoria de Jesucristo y de los suyos.

15 ¹Vi otra señal en el cielo, grande y admirable: siete ángeles que llevan las siete últimas plagas, en las que se agota la ira de Dios. ²Vi una especie de mar transparente veteado de fuego. Los que habían vencido a la fiera, a su imagen y al número de su nombre estaban junto al mar transparente con las cítaras de Dios. ³Cantan el cántico de Moisés, siervo de Dios, y el cántico del Cordero:

Grandes y admirables son tus obras,
Señor Dios Todopoderoso;
justos y acertados tus caminos,
Rey de las naciones.

⁴¿Quién no te respetará, Señor,
quién no dará gloria a tu nombre?
Tú sólo eres santo,
y todas las naciones vendrán
a adorarte en tu presencia,
porque se han revelado
tus decisiones.

⁵Después vi cómo se abría el templo, la tienda del testimonio en el cielo. ⁶Del templo salieron los siete ángeles de las siete plagas, vestidos de lino puro resplandeciente, ceñida la cintura con cinturones de oro. ⁷Uno de los cuatro vivientes entregó a los siete ángeles siete copas de oro llenas de la ira de Dios que vive por los siglos de los siglos. ⁸El templo se llenó de humo por la gloria y el poder de Dios, y nadie podía entrar en el templo hasta que se completaron las siete plagas de los siete ángeles.

Las copas de la ira²⁵

16 ¹Oí una voz potente que salía del templo y decía a los siete ángeles: Vayan a derramar a la tierra las siete copas de la ira de Dios.

²Salió el primero y derramó su copa en la tierra: a los que llevaban la marca de la fiera les salieron úlceras malignas y graves.

³El segundo derramó su copa en el mar: Se convirtió en sangre como de muerto, y murieron todos los seres vivientes del mar.

El cántico se presenta como una rica composición, entreverada de citas de los profetas y de alusiones a los salmos. Tres partes principales lo configuran. La admiración que despierta la grandeza de las acciones salvadoras de Dios. Estas obras maravillosas desembocan pronto en una alabanza a Dios, como Señor Todopoderoso y rey de las naciones. Por fin, una triple motivación recapitula el sentido de la alabanza: la santidad divina, la universalidad de la salvación y la invitación a verificar las buenas obras de Dios en la historia.

Tras esta visión alentadora, viene una escena que se desarrolla con rapidez. Aparecen siete ángeles ejecutores, vestidos igual que la figura humana, con ropas sacerdotales y regias (1,12). Los ángeles reciben la orden de parte de Dios, mediante uno de los vivientes. Las copas de oro ya fueron presentadas con las oraciones de los santos (5,8). Hay que recordar que las oraciones siempre son eficaces, aceleran el ritmo positivo de la historia de la salvación. El templo, rebosante de la majestad divina, se llena de humo (cfr. 1 Re 8,11; Éx 19,18; 40,34s). Se ha cumplido el plazo. Los designios de Dios están a punto de realizarse. Las siete copas se van a consumir.

²⁵ **16,1-21 Las copas de la ira.** El septenario de las copas sigue el modelo dramático de las siete trompetas, ya mencionado anteriormente (8,7s). Pero no es mera repetición o apéndice. Con el sonar de las trompetas se aludía a la parcialidad –se hablaba con frecuencia de cifras incompletas–. Ahora las copas adquieren una dimensión universal: afectan a la totalidad de la humanidad y de la naturaleza. Llega la última oportunidad para la conversión. El Apocalipsis no realiza una simple evocación del Éxodo, sino que lo reinterpreta en clave de cumplimiento. La ira divina llega a sus últimas consecuencias. Pero Dios pide con urgencia una respuesta positiva de adoración. Así lo reconocen en el cielo, donde es alabado como santo y poderoso, como el «defensor» que escucha el clamor de la sangre de sus elegidos.

A pesar de tanta calamidad, de la extrema gravedad de las plagas, los seres humanos, tan recalcitrantes, no se convierten de sus fechorías ni reconocen la grandeza de Dios. Al contrario, en el colmo de su iniquidad, lo maldicen. Nos topamos de bruces con el misterio de la iniquidad. En la sexta copa se observa que el castigo señalado no consiste en la irrupción de ranas como acontecía en el Éxodo (7,26-29), sino en el secamiento del río Éufrates. Con la aridez de este río se abre repentina y peligrosamente una calzada expedita para la invasión de los temidos reyes de oriente. Se avecina la destrucción, que nadie puede ya impedir.

De la boca –insistentemente señalada– de cada uno de los componentes de la tríada demoníaca, salen tres espíritus inmundos. Su presencia y acción es la antítesis a la ejecutada por los tres ángeles ya reseñados (14,6-20). Tienen la misión de hacer señales y congrega a los reyes para la gran batalla. Son instrumentos de tinieblas y actúan de forma clandestina y viscosa (como sapos). Ya el Nuevo Testamento había advertido con palabras de Jesús (cfr. Mc 13,22) y de Pablo (cfr. 2 Tes 2,8s; 1 Tim 4,1-2) sobre el peligro de estos pseudos-profetas y sus falsas señales de captación.

El mismo Señor refuerza la exhortación a la vigilancia, avisando que viene repentinamente como un ladrón. Hay que estar alerta y conservar con decoro las vestiduras de la dignidad cristiana, a saber, configurarse con el Señor. Igual que el séptimo sello iniciaba un nuevo desarrollo en la gran visión del Apocalipsis (8,1-5), así también la séptima copa inaugura el despliegue de la sección que describe el desenlace final de la historia: 16,17–22,5. El derramamiento de la última copa provoca una serie de fenómenos naturales que conmueven el cosmos: truenos, relámpagos y temblores (8,5); las ciudades se cuartejan y desaparecen. Una plaga de granizo se abate sobre la tierra. El paisaje descrito es desolador. A pesar de tan vasto castigo, la impenitencia de la gente se manifiesta aún más pertinaz; no se convierten, sino que continúan en su obstinada obcecación maldiciendo a Dios.

⁴El tercero derramó su copa en los ríos y manantiales y se convirtieron en sangre. ⁵Oí que el ángel de las aguas decía: Justa es tu sentencia, oh Santo, el que eres y el que eras, ⁶porque derramaron la sangre de santos y profetas; les darás a beber sangre como se merecen. ⁷Y oí decir al altar: Sí, Señor, Dios Todopoderoso, tus sentencias son justas y acertadas.

⁸El cuarto derramó su copa en el sol, y le permitieron quemar a los hombres con fuego. ⁹Los hombres se quemaron terriblemente y blasfemaron del nombre de Dios, que controla estas plagas; pero no se arrepintieron dando gloria a Dios.

¹⁰El quinto derramó su copa sobre el trono de la fiera: su reino quedó en tinieblas, y se mordían la lengua de dolor. ¹¹Blasfemaron del Dios del cielo por sus úlceras y dolores; pero no se arrepintieron de sus acciones.

¹²El sexto derramó su copa en el río Grande —el Éufrates—: su agua se secó para abrir paso a los reyes de oriente. ¹³Vi salir de la boca del dragón, de la boca de la fiera y de la boca del falso profeta tres espíritus inmundos como sapos. ¹⁴Son los espíritus de demonios que hacen señales y se dirigen a los reyes del mundo y los reúnen para la batalla del gran día del Dios Todopoderoso. ¹⁵¡Atención, que llegó como ladrón! Dichoso el que vela y guarda sus vestidos; así no tendrá que pasear desnudo enseñando sus vergüenzas. ¹⁶Los reunió en un lugar llamado en hebreo Har-Magedon.

¹⁷El séptimo derramó su copa en el aire. Del templo y del trono salió una voz potente que decía: ¡Se terminó! ¹⁸Hubo relámpagos, estampidos y truenos; hubo un gran terremoto como no lo ha habido desde que hay hombres en la tierra; así de violento era el terremoto. ¹⁹La Gran Ciudad se partió en tres y se derrumbaron las ciudades de las naciones. Dios se acordó de Babilonia la Grande y le hizo beber la copa de la ira de su cólera. ²⁰Huyeron todas las islas y no quedaron montañas. ²¹Granizo gigantesco como talentos cayó del cielo sobre los hombres. Los hombres blasfemaron de Dios por la plaga de granizo, que era una plaga terrible.

El juicio de la gran prostituta²⁶

17 ¹Uno de los siete ángeles que tenían las siete copas se acercó a mí y me dirigió la palabra: Ven que te muestre el castigo de la gran prostituta, sentada a la orilla de los grandes ríos

²⁶ **17,1-18 El juicio de la gran prostituta.** Un ángel muestra a Juan la extraña presencia de una prostituta. Esta cortesana, por la abundancia de sus fornicaciones, es calificada como «grande». La prostitución significa en la Biblia la idolatría del pueblo. Ha sido infiel a la alianza y ha adulterado contra Dios (cfr. Nah 3,4; Is 23,16). El Espíritu Santo hace posible la visión de este espectáculo onírico del mal, encarnado en una mujer. También, más adelante, capacitará a Juan para contemplar la esposa del Cordero, la nueva Jerusalén (21,10). Es siempre el Espíritu quien con su fuerza inspiradora promueve a Juan para la honda comprensión de la historia.

El símbolo de la mujer se descompone en una serie de elementos visuales. La gran prostituta se convierte en fiera, y ésta en la gran ciudad. Tenemos, pues, tres emblemas fundamentales: la prostituta, la fiera, la ciudad. Se trata, en definitiva, de la hostilidad demoníaca contra Dios y la Iglesia, que por su enorme ferocidad asume acepciones agresivas diversas, mostrando así la espiral de su vitalidad incesante.

La más honda realidad de la prostituta, su perversión, se descubre cuando es puesta en parangón con la esposa del Cordero. Preciso es no extraviarse en un laberinto de extraños símbolos. Veamos cómo el Apocalipsis ha conseguido describir con la fuerza del paralelismo literario dos figuras antagónicas: la santidad y el pecado, la Iglesia y la idolatría. La prostituta lleva en su mano una copa de oro; ya sabemos que el oro es el color/metalo de la liturgia (1,12; 2,1; 15,6.7), pero ella profana ese uso divino, pues su cáliz dorado está lleno de la impureza de sus fornicaciones. Va vestida de un lujo ostentoso, de púrpura y escarlata. En cambio, la esposa viste de lino brillante y puro; y este vestido no significa sino las obras justas de los santos (19,8). La gran prostituta aparece grotescamente borracha, embriagada de la sangre de los mártires. La Iglesia es la esposa del Cordero degollado. Con su sangre derramada Cristo, el Cordero, la rescata y la adquiere para sí (5,6.9.12; 13,8). La aparición de la prostituta llena de asombro a Juan. El «ángel intérprete» no explica el símbolo de la mujer, sino el de la fiera: «existió pero ya no existe» (8). Con esta entrecortada expresión —que se encuentra de manera repetida en nuestro pasaje— se indica la debilidad temporal de este poder corrosivo. Aunque el mal siga encarnándose en sucesivos personajes y acontecimientos, al final serán destruidos. Sólo Dios posee el dominio y la eternidad; Él se erige verdaderamente en «el que es, el que era y que será» (1,4).

Se habla sucesivamente de siete colinas y de siete reyes. Obvia alusión a las siete colinas de Roma y a sus siete emperadores: Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio, Nerón, Vespasiano y Tito; el octavo, Domiciano, de quien se dice que es uno de los siete, es como un nuevo Nerón que persiguió a los cristianos con gran crueldad. El autor escribe en tiempos de Domiciano, pero aparenta vivir en tiempos de Vespasiano, el sexto emperador; así puede anunciar la brevedad del reinado de Tito —solo dos años— y dar más credibilidad a sus predicciones. Algo semejante hizo el autor del libro de Daniel aparentando vivir durante la cautividad de Babilonia.

También puede verse en la cifra siete el «totalitarismo» del imperio que se opone a Dios y la índole frágil de este imperio, que marcha irremediabilmente hacia su perdición. Cuando venga el octavo —que aún está por venir—, durará poco. Comienza el inicio del fin.

Los versículos 12-17 narran un combate entre los diez reyes, emisarios de la fiera, es decir, todo el poder anticristiano de la historia. Pero no se describe la contienda, sino que se certifica la consecución de una victoria. Vence el Cordero, porque sólo Él es «Rey de reyes y Señor de señores». Con semejante título Jesucristo asume funciones divinas, las propias de Dios en el Antiguo Testamento (cfr. Dt 10,17; Dn 2,47). La victoria posee también un carácter reivindicativo y anti-imperial; pues el emperador Domiciano era aclamado como «dominus et deus noster», es decir, «nuestro dios y señor». Sólo Jesucristo es para los creyentes el verdadero César y emperador.

La presentación de este drama simbólico, un tanto enmarañado, pretende conducir a una profunda actitud sapiencial. Debe discernir el lector y la comunidad cristiana en cada momento quién asume en la historia estas exigencias de absoluto poder, propias de Dios y quién combate contra la Iglesia.

²con la que fornicaron los reyes del mundo, y con el vino de su prostitución se embriagaron los habitantes del mundo. ³Me trasladó en éxtasis a un desierto. Allí vi una mujer cabalgando una fiera color escarlata, cubierta de títulos blasfemos, con siete cabezas y diez cuernos. ⁴La mujer vestía de púrpura y escarlata, enjoyada de oro, piedras preciosas y perlas. En la mano sostenía una copa de oro llena de las obscenidades e impurezas de su fornicación. ⁵En la frente llevaba un título secreto: Babilonia la Grande, madre de las prostitutas y las obscenidades de la tierra. ⁶Vi a la mujer emborrachada con la sangre de los santos y la sangre de los testigos de Jesús. Me llené de estupor a su vista.

⁷El ángel me dijo: ¿De qué te admiras? Te explicaré el secreto de la mujer y de la fiera que la soporta, la de las siete cabezas y los diez cuernos. ⁸La fiera que viste existió y ya no existe, pero va a subir del abismo para ser aniquilada. Los habitantes del mundo cuyos nombres no están escritos desde el principio del mundo en el libro de la vida se asombrarán al ver que la fiera existió y no existe y se va a presentar. ⁹¡Aquí se pondrá a prueba el talento del perspicaz! Las siete cabezas son siete colinas, donde está entronizada la mujer. Son también siete reyes: ¹⁰Cinco han caído, uno está reinando, otro no ha llegado aún; cuando venga, durará poco. ¹¹La fiera que existía y no existe ocupa el octavo puesto, aunque es uno de los siete, y será destruido. ¹²Los diez cuernos que viste son diez reyes que todavía no reinan; pero durante una hora compartirán con la fiera la autoridad. ¹³Tienen un solo propósito y someten su poder y autoridad a la fiera. ¹⁴Lucharán contra el Cordero, pero el Cordero los derrotará, porque es señor de señores y rey de reyes, y los que él ha llamado son elegidos y leales. ¹⁵Añadió: los ríos que viste, donde está sentada la prostituta, son pueblos, multitudes, naciones y lenguas. ¹⁶Los diez cuernos que viste y la fiera aborrecerán a la prostituta, la dejarán arrasada y desnuda, se comerán su carne y la quemarán. ¹⁷Porque Dios los ha movido a ejecutar su designio, aunando propósitos y sometiendo sus reinos a la fiera, hasta que se cumplan los planes de Dios. ¹⁸La mujer que viste es la gran capital, soberana de los reyes del mundo.

Caída de Babilonia²⁷

18 ¹Después vi bajar del cielo a otro ángel, con gran autoridad, y la tierra se deslumbró con su resplandor. ²Gritó con voz potente: ¡Cayó, cayó la Gran Babilonia! Se ha vuelto morada de demonios, guarida de toda clase de espíritus inmundos, guarida de toda clase de aves impuras y repugnantes, ³porque todas las naciones han bebido del vino furioso de su prostitución, y los reyes del mundo han fornicado con ella y los comerciantes del mundo se han enriquecido con su lujo fastuoso. ⁴Oí otra voz celeste que decía: Pueblo mío, salgan de ella, para no ser cómplice de sus pecados y no sufrir sus castigos. ⁵Porque sus pecados se apilan hasta el cielo, y el Señor tiene en cuenta sus crímenes. ⁶Páguenle en su misma moneda, denle el doble por sus acciones; la copa en que preparó sus mezclas llénela el doble; ⁷cuanto fue su derroche y su lujo dénselo de pena y tormento. Se decía: Tengo un trono de reina; no quedaré viuda ni pasaré penalidades. ⁸Por eso, en un día le llegarán sus plagas: matanza, duelo y hambre, y la incendiarán; porque el Señor Dios que la condena es poderoso.

⁹Por ella llorarán y harán duelo los reyes del mundo que con ella fornicaron y se dieron al lujo, cuando vean el humo de su incendio, ¹⁰y desde lejos, por miedo a su tormento, dirán: ¡Ay, ay de la Gran Ciudad, Babilonia la poderosa, que en una hora se cumplió tu sentencia!

¹¹Los comerciantes del mundo llorarán y harán duelo por ella, porque ya nadie compra su mercancía: ¹²oro y plata, piedras preciosas y perlas, lino y púrpura, seda y escarlata, maderas aromáticas, objetos de marfil, instrumentos de maderas preciosas, de bronce, hierro y mármol,

²⁷ **18,1–19,4 Caída de Babilonia.** El anuncio de la caída de Roma y del final de las persecuciones está narrado en sentido épico. El autor canta la caída de Roma con una lamentación parecida a la que se usaban en las tragedias griegas de la antigüedad. Los amigos de Roma, reyes, príncipes, comerciantes, pilotos, navegantes y marineros, cada cual a su turno, pronuncia una estrofa de lamentación. La presencia de los marineros acentúa el dramatismo (cfr. Ez 27,30s). Repiten un grito idolátrico, muestra de la ambición con que la gran ciudad ha pretendido usurpar la gloria a Dios: «¿quién como la gran ciudad?». No acaban de dar crédito a la catástrofe que están presenciando y, en un gesto de total desesperación, se echan polvo de duelo sobre sus cabezas.

En manifiesto contraste, se invita a la alegría de los cristianos, congregados en tres grupos (como en 12,12 y en paralelismo con los grupos satélites de la gran ciudad). Mas no es la ruina de Babilonia lo que se debe celebrar (¿para qué cebarse en el sufrimiento ajeno?). Se festeja el definitivo restablecimiento de la justicia divina. La bien detallada enumeración de desgracias se inspira en los profetas (cfr. Ez 27; Jr 25,10). Se acaba todo cuanto significa gozo, esperanza de vida, música. Sólo queda lamento, tristeza de muerte. Hay que notar el gran contraste con la nueva Jerusalén. Aquí sí arderá la lámpara del Cordero (21,22) y se oirá la voz del esposo y de la esposa (22,17).

Se reseña al final, como una grave recapitulación, su horrendo crimen: haber dado muerte inicua a los profetas y a los santos, a tantos hombres y mujeres anónimos que han sido «degollados» como el Cordero degollado (5,6). Nótese la semejanza terminológica y la denuncia, pretendidas por nuestro libro.

Esta ciudad representa, en primer lugar, a Roma, la capital del imperio. Pero el símbolo del Apocalipsis se refiere a toda ciudad idólatra y autosuficiente, es decir, la que crea en su interior un sistema cerrado para unos pocos, hecho de consumo desenfrenado, desatento hacia los pobres y oprimidos, y en donde ni la vida humana se respeta.

¹³canela y especias, perfumes, mirra e incienso, vino y aceite, flor de harina y trigo, vacas y ovejas, caballos, carros, esclavas y esclavos. ¹⁴La ganancia que codiciabas se te escapó, tu refinamiento y esplendor los has perdido y no los volverás a encontrar. ¹⁵Los comerciantes en esos productos, que se enriquecían con ella, se mantendrán a distancia por miedo a sus tormentos, llorarán y harán duelo ¹⁶diciendo: ¡Ay, ay de la Gran Ciudad, que se vestía de lino, púrpura y escarlata, que se enjoyaba con oro, piedras preciosas y perlas! ¹⁷Tanta riqueza arrasada en una hora.

Todos los pilotos y navegantes, marineros y traficantes marinos se quedarán lejos y, al ver el humo de su incendio, ¹⁸gritarán: ¿Quién como la Gran Ciudad? ¹⁹Se echarán polvo a la cabeza, llorarán y harán duelo gritando: ¡Ay, ay de la Gran Ciudad, de cuya abundancia se enriquecían los que navegan por el mar; que en una hora ha sido arrasada! ²⁰Alégrese por ella, cielos, santos y apóstoles y profetas, porque, al condenarla a ella, Dios les ha hecho justicia.

²¹Después un ángel poderoso levantó una piedra como una rueda de molino y la arrojó al mar diciendo: Así será arrojada con ímpetu Babilonia, la Gran Ciudad, y no se la encontrará más. ²²No se escuchará en ti sonido de cítaras, cantores, flautistas y trompetas; no habrá allí artesanos de ningún oficio; no se oirá en ti el ruido del molino ²³ni brillará en ti la luz de la lámpara, ni se oirá en ti la voz del novio y de la novia. Tus mercaderes eran grandes del mundo, con tus hechicerías se extraviaron todas las naciones, ²⁴en ella se derramó la sangre de profetas y santos y de todos los asesinados en el mundo.

19 ¹Después escuché en el cielo un rumor como de una gran multitud que decía: ¡Aleluya! A nuestro Dios corresponden la victoria y la gloria y el poder, ²porque son justas y acertadas sus sentencias. Porque ha condenado a la gran prostituta que corrompió al mundo con sus inmoralidades y le ha exigido cuentas de la sangre de sus servidores. ³Y repitieron: ¡Aleluya! El humo de ella asciende por los siglos de los siglos.

⁴Los veinticuatro ancianos y los cuatro vivientes se postraron y adoraron al Dios sentado en el trono y dijeron: ¡Amén, aleluya!

La boda del Cordero²⁸

⁵Del trono salió una voz que decía: Alaben a nuestro Dios, todos sus siervos y fieles, pequeños y grandes. ⁶Y escuché un rumor como de una gran multitud, como ruido de aguas torrenciales, como fragor de truenos muy fuertes: ¡Aleluya ya reina el Señor, Dios [nuestro] Todopoderoso! ⁷Alegrémonos, regocijémonos y demos gloria a Dios, porque ha llegado la boda del Cordero, y la novia está preparada. ⁸La han vestido de lino puro, resplandeciente –el lino son las obras buenas de los santos–.

⁹Me dijo: Escribe: Dichosos los convidados a las bodas del Cordero y añadió: Son palabras auténticas de Dios. ¹⁰Caí a sus pies en adoración. Pero me dijo: ¡No lo hagas! Soy siervo como tú y como tus hermanos que mantienen el testimonio de Jesús. A Dios has de adorar –el testimonio de Jesús es el espíritu profético–.

²⁸ **19,5-10 La boda del Cordero.** Desde el cielo, los rescatados siguen la suerte de los cristianos. Existe estrecha comunión entre el cielo y la tierra. La Iglesia celeste celebra ahora el triunfo sobre la gran Babilonia, pormenorizadamente detallado en el capítulo anterior. La inmensa muchedumbre, compuesta por ángeles (5,11; 7,11) y cristianos ya vencedores (7,9.10; 12,10), alaba a Dios. Tiene tres poderosos motivos. Dios ha juzgado con rectitud (15,3; 16,7), ha condenado a la gran prostituta (17,1-2.4; 18,9) y ha vengado la sangre de sus mártires que con tanta vehemencia le suplicaban (6,10). Una voz que sale del trono exhorta al reconocimiento de Dios. Se invita a los santos y, en enumeración polar, a los pequeños y los grandes. Toda la humanidad, pues, sin exclusión de nadie, está convocada a la alabanza ecuménica de «nuestro Dios».

La alegría invade el cielo y la tierra («¡Aleluya!»). Dios ya ha establecido su reinado y han llegado las bodas de Cristo con su Iglesia. Viene la plenitud del gozo. El poder del amor de Cristo triunfa sobre el mal de este mundo. Estas palabras resultan tan sublimes que Juan cae de rodillas, anonadado y reverente. Pero no un ángel, sino el mismo Dios es el garante de tanto gozo y esperanza para los cristianos. Él solo debe ser adorado. La expresión es breve pero reviste enorme importancia para la vida apostólica de la Iglesia. Jesucristo sigue dando hoy su testimonio (Él es el único «testigo fiel» 1,5) ante el mundo mediante la presencia de sus profetas cristianos, que el Espíritu santo inspira y fortalece.

El jinete victorioso²⁹

(Is 63)

¹¹Vi el cielo abierto y allí un caballo blanco. Su jinete [se llama] Fiel y Verdadero, Justo en el gobierno y en la guerra. ¹²Sus ojos son llama de fuego, en la cabeza lleva muchas diademas. Lleva grabado un nombre que solamente él conoce. ¹³Se envuelve en un manto empapado en sangre. Su nombre es la Palabra de Dios. ¹⁴Las tropas celestes lo siguen cabalgando blancos caballos, vestidos de lino blanco limpio. ¹⁵De su boca sale una espada afilada para herir a las naciones. Los apacientará con vara de hierro y pisará la cuba del vino de la ardiente ira de Dios Todopoderoso. ¹⁶En el manto y sobre el muslo lleva escrito un título: Rey de reyes y Señor de señores.

¹⁷Vi un ángel de pie sobre el sol, que gritaba a todas las aves que vuelan por el cielo: Vengan, reúnanse para el gran banquete de Dios. ¹⁸Comerán carne de reyes, carne de generales, carne de poderosos, carne de caballos con sus jinetes, carne de libres y esclavos, de pequeños y grandes. ¹⁹Vi que la fiera y los reyes del mundo con sus tropas se reunían para luchar contra el jinete y su tropa. ²⁰Cayó prisionera la fiera y con ella el falso profeta que, haciendo señales ante ella, engañaba a los que aceptaban la marca de la fiera y a los que adoraban su imagen. Los dos fueron arrojados vivos al foso de fuego y azufre ardiente. ²¹Los demás fueron ejecutados con la espada del jinete, la que sale de su boca. Y todas las aves se cebaron en sus carnes.

El gran milenio³⁰

20 ¹Vi un ángel que bajaba del cielo con la llave del abismo y una enorme cadena en la mano. ²Sujetó al dragón, la serpiente primitiva, que es el Diablo y Satanás, lo encadenó por mil años ³y lo arrojó al abismo. Cerró y selló por fuera, para que no extravíe a las naciones hasta que se cumplan los mil años. Después lo han de soltar por breve tiempo.

⁴Vi unos tronos, y sentados en ellos los encargados de juzgar; vi también las almas de los que habían sido decapitados por el testimonio de Jesús y la Palabra de Dios, los que no adoraron a la fiera ni su imagen, los que no aceptaron su marca ni en la frente ni en la mano. Vivieron y reinaron con Cristo mil años. ⁵Los demás muertos no revivieron hasta pasados los mil años. Ésta es la resurrección primera. ⁶Dichoso y santo el que tome parte en la resurrección primera. No

²⁹ **19,11-21 El jinete victorioso.** En este denso relato (11-21), donde cada frase suena a reclamo profético del Antiguo Testamento, se enuncia la definitiva victoria de Jesucristo. En dicho triunfo colaboran también los cristianos. Se asiste, pues, a la clamorosa victoria de nuestro Señor con la Iglesia sobre las fuerzas del mal. Aquel caballo blanco que apareció fugazmente en la apertura del primer sello (6,2), muestra ahora todo su esplendor. Se dijo entonces que salió como «vencedor» y para «seguir venciendo». Ahora ha llegado el momento de su victoria final. Conocemos ya su jinete: Jesucristo es quien lo monta; quien aparece adornado con multitud de símbolos que insisten en su carácter divino. Su verdadero nombre es la Palabra de Dios. Su manto, empapado en sangre, recuerda la profecía de Isaías (cfr. Is 63,3) y es alusión a su muerte cruenta, por la cual ha conseguido la victoria. El Señor es confesado por la comunidad cristiana como el Cordero degollado y victorioso (5,6.9.12). Pero el jinete vencedor, que es nuestro Señor, no cabalga solo. Le acompañan otros jinetes: los cristianos fieles hasta el final. Van vestidos de blanco, es decir, han lavado y blanqueado sus túnicas en la sangre del Cordero, han muerto y resucitado con Él (7,10). Se subraya de nuevo el carácter divino de Jesucristo, pues porta un título que sólo a Dios se tributa: Rey de reyes y Señor de señores. Es, además, título imperial.

El combate es dado ya por concluido con un veredicto de victoria. Un ángel lo proclama con un grito que recuerda oráculos proféticos (cfr. Ez 39,4s). Las dos fieras, engendros del gran dragón, son arrojadas al estanque de fuego y azufre. Tal precipitación significa su destrucción completa. Todos los demás autores de muerte también fueron aniquilados. La victoria de nuestro Señor y de los suyos consigue el triunfo inapelable del bien sobre el mal.

Importa ver –conforme avanza la lectura del libro– la progresión en la destrucción inexorable del mal. Tras la caída del imperio del mal, simbolizado en la gran prostituta (17,1-18), de la gran Babilonia (18,1-19,4) y de las dos fieras (20), ahora se asiste a la aniquilación del enemigo número uno: el gran dragón. Éste es designado con sus apelativos más conocidos en la Biblia: la serpiente primitiva, el Diablo y Satanás.

³⁰ **20,1-10 El gran milenio.** Se menciona con frecuencia (2.3.4.5) la expresión de «mil años», una cifra que ha creado a lo largo de los siglos muchas e innecesarias elucubraciones y que ha dado lugar al célebre milenarismo, condenado repetidas veces por la Iglesia. Se ha pensado en un periodo de bienestar rebosante en la humanidad. Incluso en la unión plena entre Iglesia y estado... «Mil años», en la intención de Juan, es una cifra simbólica, es «el tiempo de Dios» (cfr. 2 Pe 3,8). Indica nuestra época presente inaugurada por la muerte y resurrección de Jesucristo, marcada definitivamente por su victoria sobre el Diablo. Una victoria sobre las fuerzas del mal aún presentes que se va realizando día a día hasta la segunda venida del Señor que marcará el final de los tiempos.

Conforme a la visión de Daniel (cfr. Dn 7), aparecen unos tronos y sobre ellos unos personajes sentados. Son los mártires que no han sucumbido ante las acometidas del dragón y de sus engendros bestiales. Se presentan como jueces y reyes. Ser vencedor con Jesucristo significa poder participar de su realeza, sacerdocio y juicio (1,9; 2,26s; 3,21; 12,11).

Llega el ataque final, personificado en Gog y Magog (cfr. Ez 38), proverbial símbolo de todas las potencias hostiles al pueblo de Dios. La invasión se extiende sobre la «anchura de la tierra» (cfr. Hab 1,6), mostrando la magnitud del combate. Con símbolos extraídos de la tradición bíblica se describe el último asalto contra la Iglesia. Por fin, es destruido el Diablo, el gran instigador y padre de la mentira, el origen de todo mal en la historia, quien ha deshumanizado a la humanidad y perseguido a la Iglesia. Es arrojado por la fuerza suprema de Dios al foso de fuego y azufre. El Apocalipsis añade que también allí se encuentran sus engendros: la primera fiera y la segunda fiera, o falso profeta. Los tres, la «tríada diabólica», la antítesis de la Trinidad Santa, serán torturados en una duración sin límite («día y noche», «por los siglos de los siglos»). Con la mención de su extremo tormento, se ha acabado por fin el gran tormento de la humanidad, y se prepara el nacimiento de un nuevo mundo.

tendrá poder sobre ellos la muerte segunda, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo y reinarán con él mil años. ⁷Pasados los mil años soltarán de la prisión a Satanás, ⁸y saldrá a extraviar a las naciones en las cuatro partes del mundo, a Gog y a Magog. Los reunirá para la batalla, innumerables como la arena del mar. ⁹Avanzarán sobre la anchura de la tierra y cercarán la fortaleza de los santos y la ciudad amada. Pero caerá un rayo del cielo que los consumirá. ¹⁰El Diablo que los había engañado fue arrojado al foso de fuego y azufre, con la fiera y el falso profeta: allí serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos.

El juicio³¹

¹¹Vi un trono grande y blanco y a uno sentado en él. De su presencia huyeron la tierra y el cielo sin dejar rastro. ¹²Vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante el trono. Se abrieron los libros, y se abrió también el libro de la vida. Los muertos fueron juzgados por sus obras, según lo escrito en los libros. ¹³El mar devolvió sus muertos. Muerte y abismo devolvieron sus muertos, y cada uno fue juzgado según sus obras. ¹⁴Muerte y abismo fueron arrojados al foso de fuego —ésta es la muerte segunda, el foso de fuego—. ¹⁵Quien no esté inscrito en el libro de la vida será arrojado al foso de fuego.

Cielo nuevo y tierra nueva³²

21 ¹Vi un cielo nuevo y una tierra nueva. El primer cielo y la primera tierra habían desaparecido, el mar ya no existe. ²Vi la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, bajando del cielo, de Dios, preparada como novia que se arregla para el novio. ³Oí una voz potente que salía del trono: Mira la morada de Dios entre los hombres: habitará con ellos; ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos. ⁴Les secará las lágrimas de los ojos. Ya no habrá muerte ni pena ni llanto ni dolor. Todo lo antiguo ha pasado. ⁵El que estaba sentado en el trono dijo: Mira, yo hago nuevas todas las cosas. Y añadió: Escribe, que estas palabras mías son verdaderas y dignas de fe. ⁶Y me dijo: Se terminó. Yo [soy] el alfa y la omega, el principio y el fin. Al sediento le daré a beber gratuitamente del manantial de la vida. ⁷El vencedor heredará todo esto. Yo seré su Dios y él será mi hijo. ⁸En cambio, los cobardes y desconfiados, los depravados y asesinos, los lujuriosos y hechiceros, los idólatras y embusteros de toda clase tendrán su lote en el foso de fuego y azufre ardiente —que es la muerte segunda—.

³¹ **20,11-15 El juicio.** Sorprende la sobriedad en la descripción del último juicio, en contraste con las prolifas e incluso aterradoras visiones de los libros apocalípticos judíos y sus ecos en algunos pasajes del Nuevo Testamento (recuérdese 1 Cor 15,22). Toda la secuencia es breve, y se inspira discretamente en Dn 7. Aparece un gran trono blanco. No se dice nada de Dios; pero nosotros, lectores del Apocalipsis, sabemos que Dios lo ocupa, pues sólo Él está «sentado en el trono» (4,2.9; 5,1.7). Dios es juez. No se menciona a Jesucristo, que ya intervino como juez en la cosecha y vendimia de la tierra (14,14-20).

Hay una comparecencia generalizada. Todos están de pie delante del trono para ser juzgados. Es un juicio universal. Existía una antigua tradición judía sobre los libros. Había un libro de «cuentas» donde se registraban las acciones de los hombres (cfr. Dn 7,10). También se menciona el libro de la vida (cfr. Éx 32,32; Sal 70,29; Flp 4,3). Ambos aparecen como el anverso y reverso de una suerte final. Cada uno es juzgado conforme a la letra o sentencia que ha ido escribiendo en el libro con las obras de su vida. Finalmente, la muerte como personificación del mal o negación de la vida, trágico destino de la historia, es aniquilada. También el infierno, el lugar de la muerte. Desaparece ya todo ámbito del mal y la infeliz fatalidad de los hombres.

La narración del juicio acaba con la mención del libro de la vida. En el Apocalipsis sólo hay un libro: «El libro de la vida del Cordero degollado» (3,5; 21,27). La comunidad cristiana sabe por la lectura creyente del libro que el Cordero ha sido sacrificado para reunir un pueblo inmenso de toda tribu y nación (5,9). Su sangre nos purifica y nos salva. El amor y la misericordia de Dios triunfan definitivamente sobre todas nuestras miserias y pecados.

Desaparecidos ya todo origen y huella de mal (el gran dragón, la primera y segunda fiera, la gran prostituta, la gran Babilonia, la muerte y el infierno) —también desaparece el mar, símbolo de la hostilidad—; ya nada impide la irrupción de la renovación ansiada.

³² **21,1-8 Cielo nuevo y tierra nueva.** Un cielo nuevo y una tierra nueva (cfr. Is 65,17; 66,2) se ofrecen como el espacio luminoso para acoger la presencia de la nueva Jerusalén. La nueva Jerusalén representa la culminación del libro del Apocalipsis, como asimismo de toda la revelación bíblica. Es geografía, concentración de la historia milenaria de Israel, y, sobre todo, la suprema aspiración de la humanidad creyente: bendición de Dios para colmar de dicha —como una esposa— el corazón del esposo. Se insiste en la absoluta gratuidad del regalo divino. Por fin, Dios establece su morada, de manera permanente. No es una frágil tienda, no es un templo de piedra, sino su presencia viva y estable (shekiná) en medio de los hombres. Dios instaura una alianza universal.

El lector del Apocalipsis se puede sorprenderse ante la atrevida originalidad de lo que está leyendo. Se ha terminado ya todo particularismo. Dios no se fija en un solo pueblo o etnia o religión restringida, sino que inaugura una alianza con «los pueblos», hace una alianza de salvación universal. Se acaban ya todo tipo de penalidades. Dios seca con el pañuelo de su misericordia el copioso llanto de los ojos que sufren. El texto del Apocalipsis corrige con su delicadeza a Isaías 25,6-8. Se consuma la victoria de Jesucristo sobre aquellos caballos desbocados y las plagas. La muerte y su lúgubre cortejo desaparecen para siempre.

Dios es contemplado en su gesto primero y último: como creador en acto. Así lo reconocía la Iglesia celeste (4,11). Así se revela al final del libro (21,5). Dios crea y recrea siempre un mundo nuevo. Y esa novedad absoluta se llama Jesucristo. Se insiste en la completa gratuidad de la vida desbordante que Dios concede (6b). El adverbio —«gratis»— está colocado en posición enfática. Dios es el que da (sujeto donante) y da de balde (con extrema liberalidad). Al cristiano fiel o «vencedor» le concede la suprema gracia: ser hijo de Dios. La formulación es típica de la alianza, y posee carácter mesiánico-regio: «Yo seré para él padre y él será para mí hijo» (cfr. 2 Sam 7,14). No pretende el Apocalipsis atemorizar a nadie con la mención de mayores castigos, sino que, con una intención parenética, anima a todo cristiano a que, dejando el lastre del pecado, las «obras de la carne» —cuya conocida enumeración presenta—, pueda entrar con entera libertad en la ciudad de la nueva Jerusalén.

La nueva Jerusalén³³

(Is 54,11s; 60,10-18; Ez 40-48)

⁹Se acercó uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las últimas plagas y me habló así: Ven que te enseñaré la novia, la esposa del Cordero.

¹⁰Me trasladó en éxtasis a una montaña grande y elevada y me mostró la Ciudad Santa, Jerusalén, que bajaba del cielo, de Dios, ¹¹resplandeciente con la gloria de Dios. Brillaba como piedra preciosa, como jaspe cristalino. ¹²Tenía una muralla grande y alta, con doce puertas y doce ángeles en las puertas, y grabados [los nombres] de las doce tribus de Israel. ¹³A oriente tres puertas, al norte tres puertas, al sur tres puertas, a occidente tres puertas. ¹⁴La muralla de la ciudad tiene doce piedras de cimiento, que llevan los nombres de los doce apóstoles del Cordero. ¹⁵El que hablaba conmigo tenía una caña de medir de oro, para medir la ciudad y las puertas y la muralla. ¹⁶La ciudad tiene un trazado cuadrangular, igual de ancho que de largo. ¹⁷Midió con la

³³ **21,9-22,5 La nueva Jerusalén.** Desde un alto monte (antítesis de aquel desierto en que contempló a la gran prostituta: 17,3), Juan, el vidente, con la fuerza del Espíritu, tiene acceso a una maravillosa visión profética: una nueva ciudad, una esposa resplandeciente. Hay una mutua transformación. La esposa se cambia en ciudad y ésta se muda en esposa. Léase, en idéntica relación, la secuencia de estos pasajes proféticos en Is 54; 60; Ez 40; 48. Uno y otro simbolismo poseen un sentido esclarecedor. La Iglesia como esposa se refiere a la consagración personal-bautismal de cada cristiano a Dios. La Iglesia como ciudad alude a la convivencia, la mutua solidaridad, que nos reúne a todos los hermanos creyentes.

La gloria de Dios, es decir, la presencia de su majestad, habita y está dentro de la ciudad; la convierte en una gema preciosísima, como el jaspe o diamante. La ciudad entera brilla con el resplandor de Dios. Las metáforas alusivas a la luz, muestran la exuberancia de vida que Dios, «luz de luz», ha derrochado con profusión en la ciudad.

Comienza ahora la descripción prolija de los elementos arquitectónicos de la ciudad. Tiene una muralla alta y elevada; es, por tanto, una ciudad pertrechada y bien protegida. Sorprende la cantidad excesiva de puertas, con las que se insiste en su universalidad: la nueva Jerusalén es una ciudad abierta. Por sus puertas siempre francas deben entrar todos los pueblos y naciones.

La ciudad está cimentada por los doce apóstoles del Cordero: la fe en Cristo, el testimonio y/o el martirio constituyen su firme fundamento (cfr. Mt 16,8). Esta ciudad continúa con la mejor tradición del pueblo de Dios; pues en sus almenas están grabados los nombres de las tribus de Israel. El Antiguo Testamento culmina en la Iglesia apostólica del Nuevo Testamento.

Se ofrecen ahora unos extraños datos relativos a sus medidas. No conviene que la imaginación vuele sin control tras la búsqueda de remotas ciudades o altas torres. Las medidas de la nueva Jerusalén son simbólicas, no siguen un metro material. Nos atenemos con rigor a las referencias iluminadoras de la Biblia. La ciudad, descrita por el Apocalipsis, tiene forma de cubo. El Santo de los santos tenía asimismo forma cúbica (cfr. 1 Re 6,20). Significa que la nueva Jerusalén es toda ella santuario, ciudad santa y sacerdotal, en donde Dios permanentemente habita.

Cada uno de los doce cimientos es una perla preciosa. Mucho se ha especulado sobre su origen y sentido. Una atenta lectura bíblica nos da la clave interpretativa. Las doce piedras preciosas colgaban del pectoral del sumo sacerdote (cfr. Éx 28,17-20; 39,10-12); han sido ampliamente comentadas y magnificadas por la tradición judía (Flavio Josefo). Pero estas piedras preciosas no reposan ya en el pecho del sumo sacerdote, sino que configuran los cimientos de la ciudad. Quiere decirse que la nueva Jerusalén es una ciudad sacerdotal, toda ella cimentada en Dios y consagrada a su adoración.

¡La ciudad no tiene santuario! La frase es casi una provocación. ¿Cómo es posible que en la nueva Jerusalén no exista templo, a imagen de la Jerusalén de aquí abajo? La realidad nueva ha cambiado totalmente. Al escándalo inicial sucede la explicación esclarecedora. El Señor Dios y el Cordero son su santuario. Dios no aparece ya como objeto de culto, sino como lugar de culto. No se trata ya de una ciudad que tiene un templo, sino de un templo que se ha convertido en ciudad. Y es Cristo, muerto y resucitado, el lugar del encuentro permanente entre Dios y el ser humano.

La nueva Jerusalén, resplandeciente por la luz de Dios, se convierte en meta o alto faro para toda la humanidad. Se subraya de nuevo la vocación universal de la Iglesia. Se cumple la vieja profecía de la peregrinación de todas las naciones (cfr. Is 60,3.5.7). Los pueblos acuden en busca de luz; mas la Iglesia no es luz, sino lámpara (cfr. Jn 5,34-36). No debe erigirse fatuamente en la fuente de luz, ni tampoco debe esconderla debajo de un cacharro. Su misión es ofrecer a todos los hombres la única luz que dentro de ella brilla, a saber, la presencia viva de Dios. Su misión es ser sacramento de salvación universal.

Con el inicio del capítulo 22, se pasa ahora del registro simbólico de la ciudad al del paraíso. En estos primeros cinco versículos se expresa un anhelo, presente en todas las religiones y al que cada una de ellas ha dado un nombre: el Edén soñado. Es la búsqueda de los orígenes perdidos, la nostalgia de la paz divina con toda la creación renovada. La descripción del Apocalipsis no resulta extravagante ni se desborda como otras literaturas afines; mantiene una intensidad retenida, de continuas remembranzas bíblicas. La nueva Jerusalén extiende su contagio a la humanidad y a la naturaleza. No se trata, sin embargo, de un retorno a aquel jardín lejano del Génesis, pues la historia ya no puede repetirse, sino de un paraíso nuevo. Es la comunión perfecta, sin sombras de pecado, anudada entre Dios y la humanidad: la armonía cósmica. La historia de la salvación llega a su plena culminación feliz.

Se muestra la presencia de Dios-Trinidad, dador de vida. Así lo ha mostrado el libro, al principio y final de su lectura (1,4-6; 22,1-3). Ahora Dios y el Cordero son los ocupantes simultáneos del mismo trono. Con esta atrevida hipérbole se indica la comunión perfecta en el Padre y el Hijo; ambos comparten la divinidad y son fuente de vida para toda la humanidad. El Espíritu es contemplado en ese río impetuoso que brota del trono; sólo Él hace posible la fecundidad para toda la Iglesia.

Esta imagen fluvial se inspira en aquel río que regaba el primer jardín (cfr. Gn 2,10) y, sobre todo, en la visión del profeta Ezequiel quien ve manar del Templo agua que pronto se convierte en río creciente, a cuya ribera brota una feraz arboleda, y cuyas aguas dan vida (cfr. Ez 47,1-12). El Apocalipsis crea las expresiones «agua de vida» y «árbol de vida». Insiste en la fecundidad sin mengua de esta vida y en su alcance universal, pues las hojas del árbol de vida sirven para la sanación de las naciones.

¡Feliz promesa! Ya no existirá ninguna condenación ni anatema, como aquella desdichada maldición que empañó las relaciones entre Adán, Eva, los animales y la naturaleza (cfr. Gn 3,16-22). Ya nada podrá enturbiar la transparente coexistencia de la humanidad con Dios. Los creyentes podrán, al fin, realizar su más profundo sueño: ver el rostro de Dios. Lo que anheló Moisés (cfr. Éx 33,20); el deseo ardiente del salmista (cfr. Sal 17,15; 42,3)... ahora se cumple verdaderamente. Los creyentes portan el Nombre de Dios escrito en sus frentes. Dios se convierte ya en el horizonte indeclinable de sus vidas: su destino glorioso, su gozo más íntimo.

La luz de Dios es tan poderosa que ante su fulgor palidecen las luces astrales (sol y luna) y las lámparas del culto. El simbolismo de esta luz misteriosa muestra la vida divina que envuelve gloriosamente a toda la humanidad. Es sobreabundancia de vida, inmarchitable, para siempre.

caña la ciudad: doce mil estadios: igual en longitud, anchura y altura. Midió la muralla: ciento cuarenta y cuatro codos, en la medida humana que usaba el ángel. ¹⁸El aparejo de la muralla era de jaspe, la ciudad de oro puro, límpido como cristal. ¹⁹Los cimientos de la muralla de la ciudad están adornados con piedras preciosas. El primer cimiento de jaspe, el segundo de zafiro, el tercero de calcedonia, el cuarto de esmeralda, ²⁰el quinto de ónice, el sexto de cornalina, el séptimo de crisólito, el octavo de berilo, el noveno de topacio, el décimo de crisopraso, el undécimo de turquesa, el duodécimo de amatista. ²¹Las doce puertas son doce perlas, cada puerta una sola perla. Las calles de la ciudad pavimentadas de oro puro, límpido como cristal. ²²No vi en ella templo alguno, porque el Señor Dios Todopoderoso y el Cordero son su templo. ²³La ciudad no necesita que la ilumine el sol ni la luna, porque la ilumina la gloria de Dios, y su lámpara es el Cordero. ²⁴A su luz caminarán las naciones, y los reyes del mundo le llevarán sus riquezas. ²⁵Sus puertas no se cerrarán de día. No existirá en ella la noche. ²⁶Le traerán la riqueza y el esplendor de las naciones. ²⁷No entrará en ella nada profano, ni depravados ni mentirosos; sólo entrarán los inscritos en el libro de la vida del Cordero.

22 ¹Me mostró un río de agua viva, brillante como cristal, que brotaba del trono de Dios y del Cordero. ²En medio de la plaza y en los márgenes del río crece el árbol de la vida, que da fruto doce veces: cada mes una cosecha, y sus hojas son medicinales para las naciones. ³No habrá allí nada maldito. En ella se encontrará el trono de Dios y del Cordero. Sus siervos lo adorarán ⁴y verán su rostro y llevarán en la frente su nombre. ⁵Allí no habrá noche. No les hará falta luz de lámpara ni luz del sol, porque los ilumina el Señor Dios, y reinarán por los siglos de los siglos.

Venida de Cristo³⁴

⁶Me dijo: Estas palabras son verdaderas y fidedignas. El Señor, Dios de los espíritus proféticos, envió a su ángel para mostrar a sus siervos lo que ha de suceder en breve. ⁷Mira que llego pronto. Dichoso el que guarde las palabras proféticas de este libro.

⁸Yo soy Juan, el que ha oído y visto esto. Al escuchar y mirar, me postré a los pies del ángel que me lo enseñaba para adorarlo. ⁹Pero él me dijo: ¡No lo hagas! que soy siervo como tú y tus hermanos los profetas y los que guardan las palabras de este libro. A Dios has de adorar. ¹⁰Me añadió: No ocultes las palabras proféticas de este libro, porque su plazo está próximo. ¹¹El malvado que siga en su maldad y el impuro en su impureza, el honrado en su honradez y el santo en su santidad. ¹²Yo llegaré pronto llevando la paga para dar a cada uno lo que merecen sus obras. ¹³Yo soy el alfa y la omega, el primero y el último, el principio y el fin. ¹⁴Dichosos los que lavan sus vestidos, porque tendrán a su disposición el árbol de la vida y entrarán por las puertas en la ciudad. ¹⁵Fuera quedarán los invertidos, hechiceros, lujuriosos, asesinos, idólatras, los que aman y practican la mentira. ¹⁶Yo, Jesús, envié a mi ángel a ustedes con este testimonio acerca de las Iglesias. Yo soy el retoño que desciende de David, el astro brillante de la mañana.

¹⁷El Espíritu y la novia dicen: Ven. El que escuche diga: Ven. Quien tenga sed venga, quien quiera recibirá sin que le cueste nada agua de vida. ¹⁸Yo amonesto a los que escuchan las

³⁴ **22,6-21 Venida de Cristo.** Este epílogo forma inclusión con el prólogo inicial (1,4-8). Ambos están configurados como diálogos litúrgicos. Intervienen el autor del libro, el ángel, Jesucristo y la asamblea cristiana. Pero este diálogo no es sólo un bien logrado artificio literario o vestigio de una antigua liturgia. Ha sido escrito para que todo cristiano o comunidad tenga acceso a él y participe de su riqueza cristológica cada vez que lea y escuche con fe «las palabras de profecía de este libro». Toda la revelación que anteriormente se ha mostrado, resulta tan inaudita e increíblemente consoladora que es preciso una autoridad divina que la garantice. Por eso, la formulación: «estas palabras son verdaderas y fidedignas» confirma que su contenido íntegro se apoya en la verdad divina. Dios mismo es el que inspira a los profetas, entre los que se encuentra el autor del Apocalipsis.

Jesús mismo se presenta adornado con dos símbolos bíblicos. Como «retoño y descendencia de David», recapitula la vieja historia de las promesas anunciadas al rey, modelo de reyes en Israel. Como «astro brillante de la mañana», asume ser el nuevo Mesías y el Rey. Jesús ha nacido, victoriosamente, surgiendo de la noche de la muerte en la mañana de pascua. Ahora, ya vivo y resucitado, ilumina con la luz de su vida a toda la humanidad.

El Espíritu y la esposa proclaman una voz compartida, al unísono, como una «sinfonía». El Espíritu nunca ha dejado de animar a la Iglesia para que su amor por Cristo no decaiga, sino que se acreciente. Así como con un grito de amor se abrió la Biblia —«esta sí que es carne de mi carne y hueso de mis huesos» (Gn 2,23)—; así se cierra el último libro de la revelación. Es el grito de la Iglesia, sostenida por su instinto más profundo, el Espíritu Santo. La Iglesia ansía la venida de Cristo, su Esposo y Señor. Repite con incesante vehemencia la primitiva oración cristiana del «Maranáta» (cfr. 1 Cor 16,22). Se formula una petición para que todo cristiano, que escucha estas palabras del Apocalipsis, se acerque y personalmente venga a tomar parte y recibir gratis el don de la vida divina que se celebra. El diálogo litúrgico no es neutro, sino abierto y participativo. Es fórmula de canonización del libro, que, como escrito inspirado y alimento de fe para la Iglesia, debe permanecer ya inalterado e intocable. La venida del Señor constituye el motivo central que organiza el diálogo litúrgico. Jesús anuncia su pronta venida (7.12). Esta iniciativa del Señor prende y encuentra eco en la asamblea cristiana, que, animada por el Espíritu, suplica la llegada del Señor (17). Jesús responde afirmativamente al anhelo de la comunidad: «Sí, vengo pronto» (20a), y ésta afirma con más ardor su venida, proclamando «Amén», y renueva otra vez su anhelo, insistiendo: «¡Ven, Señor Jesús!» (20b). De esta manera, la Iglesia va alimentando su esperanza, y experimentando que el Señor viene, intensamente en la celebración de sus misterios, con una presencia cada vez más creciente hasta que se haga del todo plena.

palabras proféticas de este libro: Si alguien añade algo, Dios le añadirá las plagas escritas en este libro. ¹⁹Si alguien quita algo de las palabras proféticas de este libro, Dios le quitará su participación en el árbol de la vida y en la Ciudad Santa, que se describen en este libro.

²⁰El que atestigua todo esto dice: Sí, vengo pronto. Amén. Ven, Señor Jesús. ²¹La gracia del Señor Jesús esté con todos. [[Amén.]]